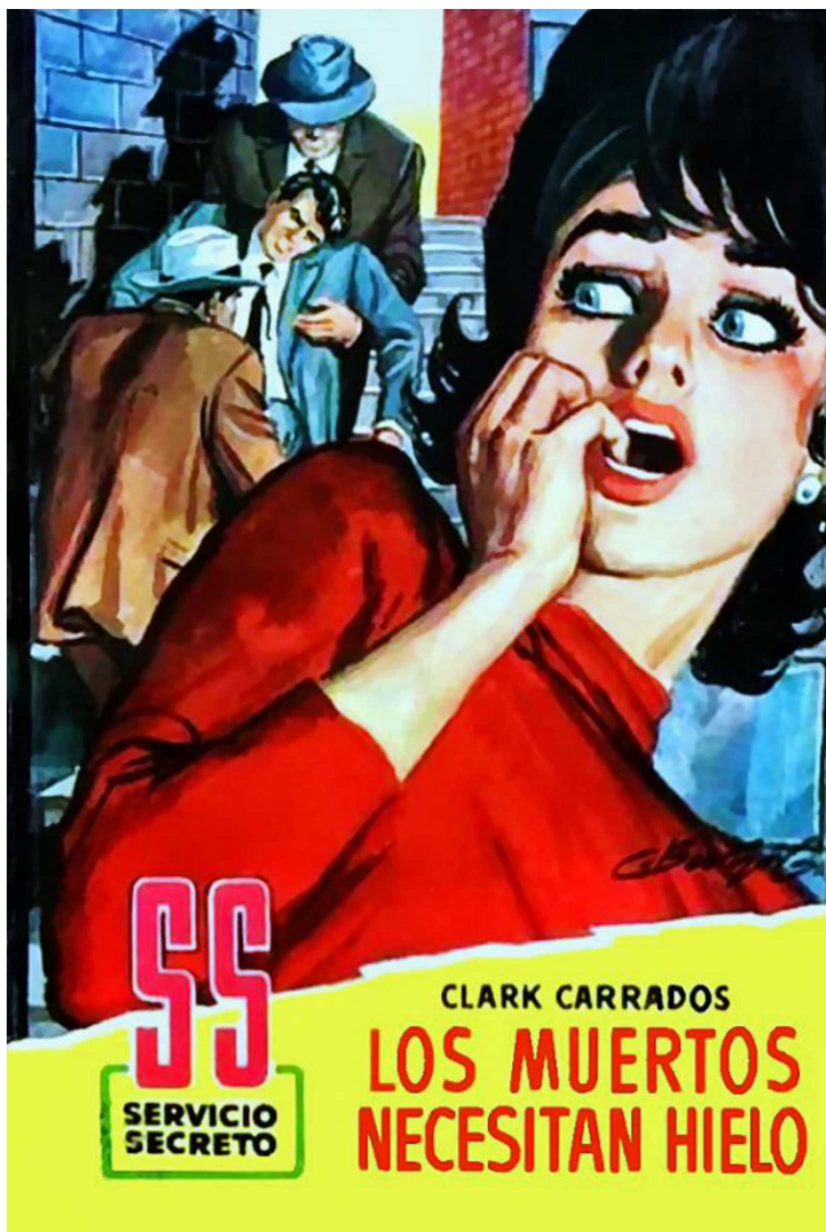

SS
SERVICIO SECRETO
CLARK CARRADOS
LOS MUERTOS NECESITAN HIELO

LOS MUERTOS NECESITAN HIELO

CLARK CARRADOS

LOS MUERTOS NECESITAN HIELO

1.ª EDICIÓN
DICIEMBRE - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 15101 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 5664/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
725 — La mina fantasma.

En Colección SERVICIO SECRETO:
582 — Roja Navidad. 587 — Radiación.

En Colección BUFALO:
396 — El tren de las 7,30.

En Colección CONGO:
6 — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:
279 — El honor de un pistolero.

En Colección CÁLIFORNIA:
240 — Doble rescate.

En Colección COLORADO:
83 — Cita en el desierto. 106 — ¡Bandidos!

LOS MUERTOS NECESITAN HIELO

POR

CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

Mi jefe me había mandado llamar.

Acudí a su despacho preguntándome qué pecado podría haber cometido. Por lo general, el jefe no solía llamar a nadie a menos que tuviera precisión de echarle una buena reprimenda. Pero éste —al menos yo lo creía así— no era mi caso. Sin embargo, uno no puede nunca saber en qué agujero prohibido ha metido la pezuña, por lo que, aunque mi exterior era de indiferencia, la procesión, como suele decirse, iba por dentro.

Por si no lo saben ustedes, mi jefe es *sir* Frederick Pearson, uno de los que la gente ha dado en llamar los Cuatro Grandes de Scotland Yard. Sí, son esos tipos que periódicamente, una vez a la semana, los viernes, celebran una reunión donde intercambian novedades, se compulsa la marcha de los departamentos, se estudia el modo de atacar la criminalidad, cada día más creciente, en fin, todo lo necesario para la buena marcha del organismo policíaco al cual tengo el honor de pertenecer y del que, no sin motivo, se ha dicho que es el mejor del mundo.

Pero dejémonos ya de introitos y vayamos al grano. Estábamos en que mi jefe, *sir* Frederick, me había mandado llamar. Y, obediente acudí a su despacho.

Toqué con los nudillos en la puerta. Se me concedió el permiso. Entré. Avancé unos pasos. Esperé.

Sir Frederick estaba estudiando unos documentos. No perdió mucho tiempo en ellos.

—Siéntese, Scott —me dijo.

Obedecí. El viejo me alargó una caja con cigarrillos. Fumamos.

—Supongo que estará usted preguntándose por las causas que le han traído a mi despacho —dijo. *Sir Frederick poseía un acusado sentido del humor—. Tengo la seguridad de que está pensando en estos momentos: «Ese "Banana", ¿por dónde me va a arrear el estacazo?».*

—Señor… —dije.

Sir Frederick agitó la mano.

—Ea, Scott, no se haga de nuevas. Demasiado conozco los motivos de mi apodo —se tocó con la mano su apéndice, largo y blanquecino, efectivamente, como una banana pelada. Luego sonrió —. Peor es todavía el de *sir* William.

Agucé el oído. *Sir William es otro de los Cuatro Grandes. Sir Frederick me miró con simpatía.*

—Le llaman el «Peón de Ajedrez».

Enarqué las cejas. No comprendía las razones del apodo.

—Sí. Dicen que avanza de frente y come de costado.

No pude contener una carcajada, que reprimí en el acto. *Sir William tiene un defecto en sus facciones, que le atiranta una de las comisuras de la boca, ladeándosela ligeramente. De ahí el apodo. Estoy seguro, aunque sir Frederick no me lo confesó, que había sido éste el autor de tan gracioso apelativo.*

—Y bien —dijo mi jefe—, puesto que ahora ya nos hemos reído lo suficiente, vamos a ponemos serios y a trabajar. No tema, no le he llamado para echarle un rapapolvo, Scott.

Tomó unos papeles y los hojeó distraídamente durante unos segundos. Luego levantó la vista.

—Va a ir usted, sin denotar en absoluto su cualidad de detective-inspector de Scotland Yard, por supuesto, hasta el momento estrictamente preciso, a «Moffera Manor».

«¿Dónde diablos cae eso?», me pregunté.

—«Moffera Manor» está situado a ocho millas al oeste de Bulbville, un pequeño pueblecito situado no lejos de Dartmoor, en dirección a la costa. Allí, en «Moffera Manor», se va a leer dentro de una semana un testamento.

—Y existe una división de opiniones, por supuesto —aventuré.

—Algo de eso hay, en efecto —concordó sin Frederick—. El testamento fue otorgado por una anciana excéntrica, *lady* Kenzie, y deja todos sus bienes, incluido el «Manor», a sus ocho herederos.

»La fortuna de *lady* Kenzie importa alrededor de ochocientas mil libras esterlinas, una vez liquidados los impuestos. Es decir, que a cada heredero corresponden cien mil libros limpios de polvo y paja. Queda el “Manor” como propiedad proindivisa para todos los herederos, pero estoy seguro de que, al menos en este punto, se

pondrán de acuerdo para vender la propiedad y repartirse equitativamente el importe de la venta. Creo —siguió *sir* “Bana”… perdón, sin Frederick—, que los herederos venderán.

»Efectivamente, “Moffera Manor” está situado en un terreno áspero, inhóspito. Se halla rodeado de páramos incultos casi por todas partes y, por si fuera poco, se encuentra demasiado cercano a Dartmoor. La vecindad del presidio no es demasiado agradable, la verdad.

Asentí con gesto cortés. Tiré el cigarrillo encendido y volví a encender otro.

—Ordinariamente, no tendría que enviar a nadie a «Moffera Manor». Pero he recibido un anónimo en el cual se me exponen dos puntos interesantes.

»Uno de los puntos consiste en que la anciana *lady* fue asesinada por uno de los presuntos herederos para lucrarse con la herencia. El heredero quedó chasqueado, al menos en el momento, por las razones que más adelante expondré.

»El segundo punto del anónimo es que, según su autor, el asesino intentará repetir la suerte con alguno de los herederos. No está escrito en el testamento, pero se entiende implícitamente que, si falleciera alguno de los optantes a la herencia, los demás verían acrecida su porción en la parte proporcional correspondiente.

—Y yo he de estar allí para evitarlo —dije.

—En parte, sí —contestó mi jefe—. Verá, Scott, no es la primera vez que recibimos un anónimo semejante. Generalmente, enviamos un detective por rutina para investigar y, generalmente, también, no ocurre nada. Sólo son ganas de molestarnos y molestar a los demás, pero en este caso, sin embargo, es muy diferente. Y por eso le he llamado a usted Scott.

Sir Frederick prendió fuego a un nuevo cigarrillo.

—En primer lugar, se ha recibido una denuncia sobre un supuesto asesinato. El de la anciana *lady* Kenzie.

—Bien, eso es fácil de investigar, sin Frederick —contesté—. Una exhumación de los restos…

Mi jefe meneó la cabeza.

—Temo que eso sea imposible, Scott. Verá, el cementerio de Bulbville estaba situado sobre una pequeña colina, que se asentaba sobre un terreno sumamente húmedo aún en pleno verano, casi

pantanoso. Hace un par de años, según me he informado, pues, como comprenderá, la idea de la exhumación también se me ha ocurrido, la colina se hundió enteramente.

Respingué en el asiento. *Sir Frederick notó mi sorpresa.*

—Sí. Se hundió totalmente. Apenas si tenía treinta metros de altura por unos cien de base, más o menos. Por lo visto, debajo de la colina había alguna grieta o cavidad, situada más bien hacia el S.O., y después de meses de intensas lluvias, el terreno se ablandó de tal forma que la colina se hundió.

»Hundirse no es la palabra exacta. Supongo que la bóveda de esa cavidad cedería y entonces, el cementerio empezó a deslizarse hacia lo hondo. La colina, literalmente, volteó mientras se deslizaba, de tal modo que lo que estaba arriba quedó abajo y viceversa. Tan enorme fue el hundimiento, deslizamiento de tierras o como quiera llamarse, que ha quedado una gran depresión de unos doce o quince metros en el terreno, sin que se advierta ahora el menor rastro de tumba alguna de dicho cementerio.

»El panteón de los Kenzie estaba situado al sudoeste, prácticamente a la entrada del cementerio, que fue lo primero en hundirse. Por tanto, ahora, sobre los restos de *lady* Kenzie gravitan varios millones de toneladas de fango y tierra, e incluso grandes fragmentos de roca, cuya labor de excavación resulta imposible en la práctica. He ahí, por qué no podemos contar con la exhumación de los restos de la anciana para saber si falleció de muerte natural o violentamente.

—Y, claro, el asesino, si lo hubo, se aprovecha de tan afortunada coyuntura para no ser descubierto.

—Exactamente. El autor del anónimo da a entender que, no habiendo logrado el asesino sus primitivos propósitos —por lo visto esperaba ser heredero único—, tratará de lograrlo ahora, cuando estén reunidos los ocho herederos para escuchar la lectura del testamento.

—Los hay ambiciosos —comenté—. A mí me dan cien mil libras y… bueno, ¿para qué pedir más?

Sir Frederick me arrojó una singular mirada por encima de sus gafas. Me extrañó el gesto, pero no dijo nada al respecto.

—Hubiera enviado a cualquier otro, pero ha de ser usted precisamente, Scott. Lo comprenderá enseguida.

»Antes dije que el supuesto asesino quedó chasqueado después de matar a *lady* Kenzie. Le diré por qué.

»Una vez muerta la dama, su notario, el señor Hugh Osborne, manifestó, documentalmente, que tenía un protocolo firmado por *lady* Kenzie ante testigos, en el cual se disponía que la apertura del testamento no debía hacerse sino hasta el día en que se cumplieran exactamente los cinco años de su fallecimiento. Ese día es —*sir* Frederick miró al calendario que tenía sobre la mesa— el 28 de setiembre del año en curso.

Hice un esfuerzo de memoria. Estábamos a 21; faltaban, por tanto, siete días para la apertura del testamento.

Sir Frederick tomó un papel.

—Y ahora, vamos con los nombres de los ocho herederos.

»El primero de la lista es el señor George Morrissey, *docker*[1]. Vive en Londres, naturalmente. Parece raro que *lady* Kenzie dejara cien mil libras a un individuo así, pero estimo que siempre es preferible que se las lleve el señor Morrissey que no un asilo para gatos.

»El segundo es el profesor Sidney Ward, de 48 años, ornitólogo. Vive en Eastbourne.

»El número tres es una mujer: Natalia. —Natty—. Gale, 25 años, soltera. Vive en Londres. Profesión… —*Sir* Frederick me miró por encima de sus gafas—: corista.

»Número cuatro: La señorita Veronika Speidel. Mecanógrafa en la
A. F. H.
Gesellschaft, de Frankfort, Alemania, 24 años.

»Número cinco: En realidad son dos. El señor y la señora Marcus A. Sharr. Él tiene 55 años y ella —de nombre Colombe—, 35. Cerveceros, de Chicago, Illinois, U.S.A. El heredero es él, claro.

»Número seis: El señor Malcolm Young. 39 años. Residente en Kirkaldy, Escocia. Profesión… heredero. No se le conoce otra.

»Número siete: Zenaide Potts. 32 años. Reside en Londres. Profesión: divorciada.

Sir Frederick hizo una pausa.

—Queda todavía un heredero. El número ocho. Realmente, iba casi en cabeza de la lista, pero he preferido dejarlo para el final… porque me ha parecido lo más adecuado.

»El número ocho se llama Edward —los amigos le llaman Ned—. Scott, 32 años de edad. Soltero. Residente en Londres. Profesión: detective-inspector en Scotland Yard.

CAPÍTULO II

Mientras rodaba en mi coche hacia Bulbville, no hacía sino pensar en *lady* Kenzie y en tan singular testamento.

Había muchas cosas que aclarar en aquel asunto tan oscuro. ¿Había muerto asesinada la anciana? Si era así, ¿quién y cómo la había matado? Esto era algo imposible de dilucidar, puesto que, como había dicho muy bien *sir* Frederick, *lady* Kenzie se hallaba ahora sepultada bajo unos cuantos millones de toneladas de tierra y fango, y una exhumación, para hacer un análisis visceral, resultaba imposible. Era de suponer, puesto que el médico no había dicho nada anteriormente, que hubiera muerto envenenada o de alguna forma tal que no hubiera hecho concebir sospechas al médico que la asistió en sus últimos instantes, ya que de lo contrario, no habría firmado el certificado de defunción como muerte natural.

¿No sería, me dije, aquella historia producto de la fantasía de algún loco? Cuando hay dinero de por medio —y dinero en abundancia, como en el presente caso—, no es de extrañar que las mentes se desequilibren. Ochocientas mil libras son demasiadas libras para no influir en un cerebro no demasiado firme y hacerle perder su normal equilibrio. Pero ¿qué objeto quería alcanzar el comunicante anónimo con su escrito tan ambiguo?

Sir Frederick me había enseñado el escrito. Estaba hecho a mano con gruesos caracteres imitando las mayúsculas de imprenta, en un trozo de papel como se encuentra en cualquier parte, y había sido arrojado a un buzón de correos de Kensington. Pero esto no significaba nada, puesto que el que había escrito el anónimo lo mismo podía residir en Londres que en cualquier otra parte.

El caso se presentaba de difícil solución. Nunca podríamos demostrar la veracidad de los asertos del anónimo comunicante acerca de la muerte de *lady* Kenzie, y estoy seguro de que *sir* Frederick no hubiera hecho gran caso del mismo, a no ser por la

circunstancia de ser yo uno de los herederos.

Por más que lo pensaba, no se me alcanzaban las razones por las cuales la vieja *lady* me había dejado cien mil libras en su testamento. Jamás había oído hablar de ella hasta aquel momento y, prácticamente, no ya «Moffera Manor», sino Bulbville, me eran completamente desconocidos. ¿Por qué, pues, había entrado yo en aquella lotería que me había proporcionado una bonita fortuna como la ya mencionada?

Hice toda la travesía en un cochecito pequeño y discreto que el Yard había puesto a mi disposición. El coche era un cuatro plazas «Austin», negro, sin distintivo especial, y con una matrícula corriente, para impedir sospechas. De Londres a Exeter viajé de un solo tirón, sin efectuar ninguna detención en el camino, un total de trescientas veinte millas que me dejaron cansado.

El coche era bueno y respondió. Mientras tomaba un bocadillo, hice que le dieran un ligero repaso y lo repostaran de agua, combustible y aceite. Quedaba todavía un tirón de unas ochenta y pico de millas que esperaba recorrer en hora y media como máximo.

Había salido de Londres muy de mañana, cuando aún era de noche, de modo que llegué a Exeter alrededor de mediodía. A la una en punto me dispuse a reanudar la marcha.

Mis intenciones eran, antes que nada, entrevistarme con el notario.

Por supuesto, el señor Osborne sí conocía mi condición de inspector-detective, puesto que había hallado mis señas —aquel mismo día había recibido una carta del mismo en que me comunicaba la fecha y la hora en que se abriría y daría lectura al testamento—. Pero, y esto era lo que más me intrigaba, ¿lo sabrían los demás coherederos?

Cerca de las tres de la tarde llegué a Bulbville, después de haber dejado a mi izquierda, hacia el sur, los sombríos parajes donde se eleva el famoso presidio de Dartmoor. Acabado ya el verano y en los umbrales del otoño, la poca belleza que pudieran haber tenido aquellos lugares había desaparecido por completo.

Desde luego, el constructor del «Manor» en una región tan desolada había tenido bien tétrico el humor. En lo que a mí respectaba, daría mi voto favorable a la venta de la heredad en

cuanto dispusiéramos de ella; no pensaba volver más por allí en los días de mi vida, a poco que pudiera.

Cerca de las tres de la tarde, entré en Bulbville, un pequeño pueblo gris, con casas de piedra y techos de pizarra, con musgo en los rincones y un infame empedrado en las calles, que hizo gemir lastimeramente los muelles de mí «Austin». Conduje hasta la plaza mayor y una vez allí, detuve el coche, apeándome junto a otro que llevaba la matrícula de Londres en sus placas.

Pude darme cuenta de que los aldeanos me miraban con innegable curiosidad. Las dos ventanas de una taberna próxima. «Las Armas de Cornualles», estaban atestadas por rostros que espiaban celosamente cada uno de mis menores movimientos.

Detuve a un individuo con aspecto de pastor y le pregunté por el domicilio del notario. El supuesto pastor tendió el brazo y me señaló la casa frontera, situada en el otro extremo de la plaza.

—Allí vive, señor —dijo.

Traté de gratificarle con media corona, pero el hombre me la rechazó altivamente. Meneó la cabeza.

—No, señor, muchas gracias. —Y de repente, me preguntó—: ¿Viene usted también por lo de la herencia de la vieja *lady*?

Antes de que pudiera contestar a tan peregrina pregunta, el pastor volvió la cabeza.

—En dos días he visto más forasteros en Bulbville que en un año. Y todos se dirigen al «Manor». —Escupió a un lado—. Yo no iría allí, aunque me dieran todo el oro del mundo.

Mi curiosidad de funcionario de la policía se avivó al instante.

—¿Por qué? ¿Puede decírmelo, buen hombre?

—Historias, supongo. Pero aquél no es un paraje para cristianos, créame usted caballero. —Se tocó con la mano la visera de su sucia gorra a cuadros—. Buenas tardes.

Y se alejó.

Profundamente preocupado, me dirigí a la casa del notario. En el momento en que iba a entrar en ella, vi salir a una mujer.

Era alta, de formas llenas y ampulosas, de pelo rojo como el fuego, ojos verdes y andar resuelto y cadencioso al mismo tiempo. Calculé su edad en unos ardientes treinta o treinta y tres años, lo cual me dijo que aquélla debía ser Zenaide Pott, la divorciada.

Ella pasó por mi lado sin concederme siquiera una mirada de

atención. Sus ojos despedían lumbre y su rostro aparecía encendido por la cólera. Caminó apresuradamente hacia el automóvil negro que había junto al mío.

Unos minutos después me hallaba en presencia del notario.

Hugh Osborne era un hombre menudo, de ojillos vivaces, con todo el aspecto de un ratón de biblioteca, a lo cual contribuía poderosamente su reluciente calva, enmarcada por un semicírculo de pelos blancos y sedosos.

—Encantado de conocerle, inspector Scott —dijo, estrechándome la mano—. Siéntese, ¿quiere?

—Gracias, señor Osborne. He venido a verle porque…

El notario sonrió comprensivamente.

—Porque quiere saber cuáles fueron los motivos que influyeron en el ánimo de *lady* Kenzie para nombrarle a usted heredero de una octava parte de su fortuna, ¿no es así?

—Exactamente, notario. Comprenderá que, no habiendo oído jamás en mi vida el nombre de esa buena señora, mi sorpresa es mayúscula. Por tanto, desearía saber más detalles acerca de ese original testamento. El notario hizo un gesto compungido.

—Lo siento, inspector, no puedo darle detalles, porque ni yo mismo sé nada del testamento más de lo que sabe usted. *Lady* Kenzie hizo constar su voluntad de que el testamento fuera abierto cinco años después de su muerte, día por día en un documento debidamente protocolizado y testificado. En el documento hacía constar los nombres de los ocho herederos a los cuales he avisado con la suficiente antelación y manifestaba que su fortuna sería repartida a partes iguales entre ellos.

—Eso significa —aventuré—, que para hacerse merecedor de la herencia es preciso cumplir con alguna condición expresamente impuesta por *lady* Kenzie.

—Posiblemente, aunque lo ignoro. Sólo sé lo que ella me dijo en el momento de redactar el documento citado. Añadió que en el testamento expresaría los motivos por los cuales les nombraba herederos, pero se guardó para sí las causas de retrasar cinco años la apertura, diciendo que igualmente estaban expresadas en el testamento.

Hice un gesto de aquiescencia. Mi labor no iba a ser fácil, precisamente.

—¿Sabe usted que —dije— se ha recibido en Scotland Yard un anónimo en el cual se indica que *lady* Kenzie murió asesinada y que se espera que muera también alguno de los herederos antes de la apertura del testamento?

Osborne hizo un gesto de sorpresa. Me pareció genuino.

—No, en absoluto. Es la primera noticia que tengo sobre el particular. ¿*Lady* Kenzie asesinada? Pero ¡si el médico certificó que había fallecido de insuficiencia cardíaca!

—Por lo visto, el asesino no opina igual. Dígame, ¿quién es el médico que asistió a *lady* Kenzie en sus últimos momentos? Sería muy interesante conocer su opinión.

—Lo siento —contestó el notario—. El doctor Berry falleció hará unos tres años. El que le sustituyó vino algunos meses después, durante cuyo espacio de tiempo permanecimos sin asistencia médica. Bueno —dijo el notario con una risita—, ello fue beneficioso para Bulbville; en esos meses no falleció nadie.

Emití una sonrisa de complacencia. Luego dije:

—Del antiguo cementerio no queda rastro.

—En absoluto. Se hundió. La municipalidad contrató un geólogo para que diera su informe acerca de la catástrofe, y el experto dijo que bajo la colina donde había estado emplazado el cementerio había una gran caverna, seguramente desde tiempos prehistóricos. El techo de la caverna cedió, tanto por el peso de la colina como por el ablandamiento producido por las lluvias, y todas las sepulturas quedaron en la parte inferior.

—Ése es un grave inconveniente. De otro modo, podríamos haber exhumado el cadáver de *lady* Kenzie para comprobar definitivamente las causas de su muerte.

—Lamento que no pueda ser así, inspector.

—Otra pregunta, señor Osborne. ¿Conoce usted a alguno de los restantes herederos?

—Mi conocimiento se limita a la visita que me han hecho estos días. Hace un momento estuvo uno de ellos a verme. La señorita Potts. Salía cuando usted entraba, inspector.

—La he visto. Parecía muy enojada.

—Claro —sonrió el notario—. Quería un anticipo a cuenta de la herencia y le he dicho que yo no podía darle un céntimo. Se fue echando rayos y centellas. ¡Vaya lengua la de esa señora! No me

extraña que su marido se divorciase de ella.

—¿Se dirige ahora al «Manor»?

—Supongo que sí.

—¿Quién cuida del «Manor» en la actualidad?

Lea Madden, la antigua ama de llaves de *lady* Kenzie. La avisé de que viniera a encargarse de la hospitalidad cuando se hizo tiempo de que fueran acudiendo los herederos.

—Es decir —sugerí—, que hemos de quedarnos en el «Manor» hasta la lectura.

—Lo siento. Bulbville es una población tan pequeña que no tiene ni posada. Habrán de vivir allí; hay sitio suficiente para todos.

—¿Sabe si ha llegado ya algún heredero más, aparte de la señora Potts y de mí?

—Sólo he visto al señor Ward. Si ha venido alguno más, ha debido dirigirse directamente al «Manor».

Me puse en pie. Ya no se me ocurrían nuevas preguntas y, por otra parte, quería llegar a mi destino antes de que se hiciera demasiado tarde.

Pero antes de salir se me ocurrió formular la última y más interesante pregunta de todas.

—Señor Osborne, aparte de usted y de mí, ¿cuántos más saben que pertenezco a Scotland Yard?

—Ninguno. No he dicho nada a nadie respecto a usted, puede estar seguro.

—Gracias —respondí—. Le agradeceré mantenga en secreto mi identidad. En todo caso, si le preguntaran algo, diga que soy abogado. Ésta es una profesión que tiene cierta afinidad con la mía, y podría defenderme en caso que alguno de mis coherederos se mostrase demasiado inquisitivo.

—Comprendo —dijo Osborne, haciendo parpadear sus menudos ojillos.

Salí de casa del notario y atravesé la plaza. Cuando llegué a mi coche, vi que el negro había desaparecido.

Pero no así en cambio la provocativa pelirroja, la cual estaba en pie, junto a dos estrepitosas maletas de cuero gris y rojo, más un par de *necessers* de viaje. Zenaida Potts taconeaba con gesto nervioso y era evidente que la paciencia no figuraba entre sus virtudes.

No obstante, compuso el gesto al verme y sonrió.

—Tengo entendido —dijo— que se dirige usted a «Moffera Manor», caballero.

—Así es, señora Potts —respondí—. Me llamo Edward Scott y me siento muy halagado de conocerla.

—Digo lo mismo, señor Scott. Pero ¿cómo se ha enterado usted de mi nombre?

—El notario Osborne tuvo la bondad de decírmelo. También me dijo que se dirigía a «Moffera Manor».

El rostro de Zenaida se tornó rojo de cólera.

—El imbécil del chófer que había contratado en Londres se me largó, dejándome empantanada con todo mi equipaje. Le prometí doble paga, pero, por lo visto, mientras estuve con Osborne, él charló con esos estúpidos aldeanos. No sé qué le dirían; el caso es que me pidió ajustase la cuenta y mientras abría el bolso para buscar el dinero, sacó el equipaje y lo dejó en el suelo. Ríase usted de los cohetes de Cabo Cañaveral; ¡qué tío corriendo!

Procuró disimular una sonrisa.

—Afortunadamente, estoy yo aquí, señora Potts —dije tomando una de sus maletas—. Mí «Austin» es pequeño, pero confortable y nos llevará sin mayor incidentes hasta nuestro destino.

Abrí la portezuela posterior y deposité el equipaje de la dama en el suelo. Luego la hice pasar adelante, tras lo cual me senté al volante y arranqué.

Era fácil buscar el camino que conducía al «Manor». No había sino que atravesar la población y se salía a una estrecha carretera, regularmente cuidada que se perdía tras unas lomas peladas, cubiertas apenas de líquenes, musgo y algunos brezos. Pero no se veía ni un árbol en toda la extensión de terreno que abarcaba nuestra vista. No he contemplado jamás un paisaje más desolado y de aspecto más deprimente que aquél, cuyo sombrío aspecto estaba acentuado sobremanera por las nubes bajas y plomizas que corrían velozmente por el cielo, arrastradas por un fresco vientecillo del Noroeste.

A pocas millas de Bulbville, el camino empezó a quedar flanqueado a ambos lados por una cerca de piedra de unos cincuenta centímetros de altura.

Súbitamente, las nubes se rasgaron y el rojo resplandor del sol

en su ocaso penetró a través de la abertura iluminando la desolada campiña con tétricos resplandores.

En aquel lugar, la carretera tenía un firme bastante liso, por lo que, casi sin darme cuenta, apreté el acelerador. El «Austin» acometió una pequeña cuestecilla y al remontarla emprendió el descenso a buena velocidad.

Al llegar a la cima pudimos ver unas cuantas piedras puestas en pie a ambos lados de la carretera. Eran, seguramente, monumentos funerarios prehistóricos, del tipo druídico, por un estilo de los que se encuentran en Stohenenge, aunque mucho más imperfectos y, por supuesto, sin la perfecta colocación de éstos. Habría en total una docena y media, ocho o diez a un lado, y el resto al otro, y su altura máxima no excedía de los dos metros.

EL sol lanzaba ya sus últimos rayos. Uno de éstos hirió, con rojizos fulgores, un hilo de araña que iba de un lado a otro de la carretera.

De repente se produjo un ruido espantoso. El parabrisas saltó en mil pedazos y algo sonó como una enorme cuerda de violín al romperse.

Zenaida Potts lanzó un agudo grito.

CAPÍTULO III

El «Austin» zigzagueó alarmantemente durante unos cuantos metros. Fue de un lado a otro del camino, en medio de los agudos chillidos de la Potts y acabó por detenerse, no sin rozar los últimos metros con un buen trozo de la tapia. El lado izquierdo de la carrocería quedó hecho una lástima.

Apliqué el freno y salté del coche, tratando de investigar las causas que habían originado tan extraño fenómeno. Zenaide me siguió y su rostro estaba tan blanco como el papel.

—¿Qué… qué ha sido eso, señor Scott?

—Ahora lo averiguaremos —contesté, hondamente intrigado.

Después de arrojar una mirada al destrozado vidrio del parabrisas, retrocedí por el mismo camino que había venido, cuidando de no perderme el menor detalle. Finalmente, encontré el origen del suceso.

Naturalmente que parecía un hilo de araña según lo había visto yo desde el puesto del conductor. Era un alambre de acero, de unos milímetros de sección, partido en dos por la embestida del «Austin». Uno de sus extremos estaba atado a uno de los menhires monolíticos situados al lado de la carretera, a irnos ochenta o noventa centímetros del suelo. El otro aparecía igualmente al lado opuesto.

Medité profundamente durante unos momentos, con el extremo del cable en la mano. Aquello había sido colocado allí para matar a alguien. Pero ¿a quién? No a mí, por supuesto, ya que el marco de acero del parabrisas me protegía. ¿Entonces?

Alguien tenía que venir en un coche descapotable, preferentemente de tipo deportivo y, por tanto, muy bajo, casi sin parabrisas, como los que corren en las grandes pruebas deportivas. Un coche de ese tipo es manejado casi siempre a gran velocidad y ¿qué hubiera ocurrido entonces si su conductor hubiera topado con

el alambre?

Habría muerto decapitado, con toda seguridad. El estado del camino permitía los ochenta o noventa kilómetros a la hora, y un coche de tal estilo invita a pisar el acelerador. El parabrisas bajo habría saltado en mil pedazos y en la milésima de segundo siguiente, el alambre habría cortado el cuello al conductor. Resultado: una muerte… y un heredero menos.

Arrojé el trozo de alambre por encima de la cerca.

—¡Vámonos, señora Potts! —dije.

—Pero… ¿qué ha sido eso? —preguntó ella, muy asustada.

—Nada, algún gracioso que tendría ganas de broma —contesté —. Se comprende —añadí—, porque con este paisaje, si uno no se alegra por sí mismo, se muere de tristeza en diez días.

Reanudamos la marcha. El «Austin» no había sufrido mayores desperfectos y estaba en buenas condiciones.

Quinientos metros más allá, atravesamos un puente de madera. Lo pasé con precaución; los maderos, vigas y tirantes no parecían hallarse en buen estado. Y del puente al fondo una altura de cerca de sesenta metros.

El puente salvaba un angosto barranco, de paredes muy empinadas y arriscadas, cuya anchura máxima era de una docena de metros, siendo su profundidad la ya señalada. El barranco describía un gran semicírculo, cuyos extremos no alcanzaban a verse desde allí y en el fondo se veían algunos charcos de agua.

Un minuto más tarde avistamos al «Manor».

Lo primero que vimos fue un árbol.

Se me hizo extraño, después de ver solo líquenes, musgo y algunos brezos. El árbol estaba en la cumbre de una pequeña eminencia monda y pelada como una calavera humana. No tenía ni una sola hoja, y se comprendía fácilmente porque estaba muerto desde hacía muchísimos años. Era una visión siniestra, desagradable, a tono con el paisaje.

El «Manor» se hallaba al pie de aquella eminencia, la cual apenas si tendría veinte metros de altura. Era un enorme caserón, ya viejo por los años, con numerosas grietas y desconchones en su fachada, parcialmente cubierta por la hiedra. En el ángulo S.O., tenía un torreón de unos quince metros de altura, parte de cuyo coronamiento se había ido desprendiendo piedra a piedra con el

transcurso del tiempo.

A la derecha del caserón se veía un par de pequeños edificios, de época mucho más reciente, construidos sin duda para albergar servicios. Estaban cerrados y por lo que podía verse, completamente deshabitados.

Detuve el coche en una pequeña explanada que había frente al gran portón de entrada, sobre el cual se veía un aparatoso escudo de armas labrado en la piedra. Apenas lo había hecho, uno de los batientes giró a un lado y una figura humana apareció en el umbral.

Zenaide no pudo contener un estremecimiento al ver a la persona que estaba en pie bajo el curvo dintel de la puerta. En cuanto a mí, mi reacción no fue mucho mejor.

Salté del «Austin».

—Me llamo Edward Scott —dije.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Lea Madden, la antigua ama de llaves de *lady* Kenzie. Su voz resonaba opaca, lejana, como saliendo del fondo de una tumba.

—La señora Potts —presenté.

Lea hizo una inclinación de cabeza. Ella y Zenaide se miraron con innegable curiosidad, más acentuada en la segunda.

—Sean bienvenidos a «Moffera Manor», señores —dijo Lea—. Lamento estar yo sola para atenderles, pero na he podido encontrar en todo Bulbville nadie que quisiera venir aquí para atenderles. Solamente está Dodds, el antiguo mozo de cuadra de *milady*, pero hoy no se encuentra en el «Manor».

—Muy bien —dije—. Esto no tiene importancia, señora Madden…

—Llámenme. Lea, por favor. Como hacía *milady*… cuando vivía.

Miré al ama de llaves. Era alta, delgada, unos sesenta años de edad, de pelo completamente blanco, tanto como el cuello y puños que orlaban su traje negro que cubría su cuerpo. Los ojos le brillaban, negros y vivaces, en el fondo de dos profundas cuencas orbitarias y sus labios aparecían muy pálidos, apenas sin color. Era vieja, pero daba la sensación de poseer una vitalidad prodigiosa, pese a sus años.

—Muy bien, Lea. Indíquenos usted nuestras habitaciones; nosotros la seguiremos.

—Perfectamente. —Se volvió, penetrando en la casa—. Por aquí,

tengan la bondad.

Zenaide se inclinó hacia mí y me aplicó los labios a la oreja.

—No me gusta —cuchicheó—; parece Rebeca.

—Sí —comenté, pensativo, empezando a cargar con las maletas.

Unos minutos más tarde, tanto Zenaide como yo estábamos instalados en nuestros respectivos cuartos, de un moblaje y decoración tan antiguos como el «Manor». La ruina de ésta era evidente y se había agudizado más aún por los cinco años que había estado en un abandono casi completo.

Al despedirse de mí, Lea había dicho:

—El comedor está en la planta, a la derecha, La cena será a las siete y media.

—Muy bien, Lea, muchas gracias. —Y de pronto, inquirí—: ¿Ha venido algún heredero más?

—Están todos, excepto el señor Young señor.

—Muchas gracias.

Empecé a acomodar mi ropa. Cambié de indumento, me aseé y luego salí de la habitación.

Mi cuarto quedaba en el extremo. Esté de la casa, en el fondo de un profundo pasillo que se doblaba en ángulo recto hacia el Sur. Al salir del mismo oí un par de voces que disputaban.

—Te digo que esto no me gusta un pelo, Markie. Está condenada casa… ¿Qué diablos de idea te dio para dejar Chicago y venir a este olvidado rincón del mundo?

—Mujer, ten en cuenta que son cuatrocientos mil pavos los que nos esperan. ¿Qué querías que hiciese, perderlos?

—Podían habértelos girado a Chicago —refunfuñó la señora Sharr—. De este modo, nos habríamos ahorrado, además del viaje, el dormir en compañía de vampiros y fantasmas. ¡Qué casa, Santo Dios! Si me dejasen a mí, la arrasaría por completo…

—Calla de una vez, Colombe. Y vamos para abajo, que la cena nos está esperando.

—¡Eres de corcho, Markie! ¡Cenar! ¡Y en este caserón tan lúgubre!

La pareja se alejó, discutiendo fuertemente. Sonreí y continué mi camino.

Al tiempo de llegar a la escalera, me encontré con otro de los huéspedes. Era una muchacha de mediana estatura, delgada,

huesuda, con gafas de gruesos vidrios y el cabello muy pálido, caído laciamente a lo largo de los hombros. Llevaba un libro de tapas rojas en la mano.

Sus zapatos de medio tacón denotaban en ella a la burócrata. No me quedó la menor duda de que era Veronika Speidel, y así pude comprobarlo unos segundos más tarde, al presentarnos mutuamente.

La Speidel hablaba bastante bien el inglés, aunque con acento muy pronunciado. Como los cerveceros de Chicago, también estaba quejosa de haber tenido que desplazarse allí desde su residencia habitual.

—Pero son cien mil libras, *fraülein* Speidel —objeté mientras descendíamos por la escalera.

—¿Y no podía esa vieja chiflada haber hecho que se nos leyera el testamento en Bulbville?

—Los ancianos —contesté— tienen muchas rarezas, señorita. De todas formas, bien vale la herencia pasar unos días incómodos en este paraje que parece olvidado de la mano de Dios.

—Y tan olvidado —suspiró la Speidel—. Me gustaría saber a quién se le ocurrió construir una casa en estos lugares.

Llegamos al rellano. Entonces nos tropezamos con un individuo menudo, enteco, con aire de estudioso, que avanzaba sin ver otra cosa que el enorme libraco que llevaba en sus manos y que tenía prácticamente pegado a las narices.

Se asustó al tropezar con nosotros.

—¡Ah! ¡Oh! Dispensen ustedes… Estaba distraído y… ¿Herederos también?

—Sí, señor.

—Ward, Sidney Ward, Ornitólogo —y anunció su profesión con el mismo orgullo que hubiera podido decir: «Descubridor del virus del cáncer».

Presenté a la alemana e hice lo mismo conmigo. Ward emitió una risita.

—Herederos, ¿eh? Candidatos a la pala y a las siemprevivas —y reanudó su camino, después de esa broma tan macabra.

Penetramos en el comedor. Allí estaban, además de los cerveceros de Chicago, gordos, sudorosos y encarnados, otros dos huéspedes.

Morrissey era el típico cargador de muelle. Alto, casi dos metros, con uno largo de anchura en los hombros y unos brazos como troncos, parecía capaz de levantar con un solo dedo la enorme y pesada mesa que había en el centro de la amplia estancia, en uno de cuyos muros se veía una enorme chimenea con varios leños ardiendo. Me dio la sensación de que Morrissey estaba desplazado de su ambiente y evidentemente incómodo dentro de su estrecho traje de sarga azul.

El otro huésped era una mujer. Me gustó desde un principio.

Era de buena estatura, esbelta, con una geometría curva perfecta en cada una de las líneas de su esbelto cuerpo. Tenía los ojos oscuros y el cabello del color de ala de cuervo. Su tez era muy blanca y el rostro destacaba un par de labios rojos y jugosos, de indudable atractivo para el varón. Vestía un sencillo traje gris, que moldeaba deliciosamente su magnífica figura y se calzaba con unos zapatos negros, muy escotados, de alto tacón.

En el momento de entrar, conversaba apaciblemente con el *docker*. Los dos volvieron la vista al verlos entrar.

Hubo las inevitables presentaciones. Sharr era un hombre vivo y despierto, un indudable *bussinesman* americano, y, como tal, muy disminuido por la imperiosa absorción de su esposa, cargada de brillantes, creo que hasta en los tobillos.

Morrissey me pareció tímido, aunque resuelto y capaz de las mayores hazañas si algo valioso le impulsaba a realizarlas.

En cuanto a la corista me saludó afectuosamente, tendiéndome la mano con gesto impulsivo.

—Me siento encantada de conocerle, señor Scott —dijo con voz suave y acariciadora. Realmente, no tenía aspecto de ser lo que era.

—Muy amable, señorita Gale. Verdaderamente, su presencia en este caserón es como la sombra de un oasis en el desierto.

Sonrió suavemente.

—Muy halagador, evidentemente, señor Scott.

Morrissey me miró fijamente.

—¿Dónde le he visto yo a usted antes de ahora, señor Scott? —preguntó, llamando la atención de todos los circunstantes.

—Supongo que en Londres, donde resido —contesté negligentemente—. ¿No vive usted también allí?

—Sí —contestó el *docker*—. Sí, claro. Dispénseme.

En aquel momento, Zenaide Potts hizo su entrada en el comedor.

Sólo le faltaron dos heraldos con trompetas anunciando su presencia. Vestía un traje rojo como el fuego, ceñido prietamente al talle hasta la mitad de las caderas de modo que todo el cuerpo resaltaba ostentosamente. Y había mucho que hacer resaltar, palabra.

El resto del flamante vestido eran tules. Tules por todas partes, por los brazos redondos y mórbidos, en torno al escote vertiginoso, de las caderas para abajo; incluso llevaba un larguísimo velo flotante prendido al cabello por un broche demasiado ostentoso para ser legítimo.

—Hola a todos —dijo con voz baja y profunda, adoptando una postura enteramente teatral—. Hola, víctimas.

—¿Qué significa esa broma de mal gusto? —chilló Colombe Sharr, yendo hacia la divorciada.

Ésta paralizó a la cervecera con una fría mirada.

—He dicho víctimas y no retiro una sola palabra, señora.

—No me gustan esas bromas —chirrió el ornitólogo.

—¿Por qué no dice primero quién es y luego se explica? —dijo la alemana.

Zenaide dio su nombre. Luego dijo:

—Uno de los caballeros aquí presentes, calculo que el señor Ward, acaba de decir que no le gustan mis bromas. Tampoco a mí me gusta la que me acaban de gastar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Natty Gale.

Decidí permanecer, prudentemente, en un segundo plano, con el fin de no hacerme demasiado conspicuo. Actuaría cuando llegase el momento.

—Esto es lo que ha sucedido —dijo la Potts, sacando un papel del seno y entregándoselo a Natty.

La joven lo leyó y exhaló un gemido de sorpresa. Uno por uno, los demás coherederos fueron leyendo el contenido del documento, hasta que, al fin, me llegó el turno.

Entonces pude leer lo siguiente:

ABISO A LOS EREDEROS DE LADI QUENZIE: ¿QUANTO ZUPONDRIAN OCHOCIENTAS MIL LIVRAS REPARTIDAS ZOLO ENTRE SIE TE EREDEROS?

Las faltas de ortografía eran deliberadas, eso se advertía a simple vista. Lo que más atrajo mi atención fue que la letra era idéntica en todo a la del anónimo que *sir* Frederick me había enseñado en su despacho.

—Eso es una broma de pésimo gusto —dijo alguien.

—Bueno, ¿y por qué no hacemos esa cuenta? —preguntó el cervecero.

Su esposa lo fulminó con una airada mirada y un seco «¡Cierra el pico, Markie!». El cervecero pareció disminuir de tamaño.

Devolví el documento a la Potts. Ésta lo tomó y con gesto colérico lo partió en cuatro trozos, que luego arrojó despectivamente a un lado.

—Sea quien sea el autor de la broma, no tiene ninguna gracia.

Hubo unos momentos de silencio. De pronto, oímos la voz de Lea Madden.

—Los señores están servidos.

CAPÍTULO IV

La cena transcurrió en un ambiente tan sombrío como receloso. Era evidente que la pregunta que el autor del anónimo había formulado, había calado en el ánimo de todos los presentes.

¿Cuánto suponían 800 mil libras entre siete?

Sencillamente, un heredero menos, supondría en los restantes un incremento de catorce mil doscientas ochenta y cinco libras, catorce chelines y tres peniques. Y aún sobrarían tres peniques… ¿Para quién?

—Y eso que estamos aún a veintidós —dijo no sé quién.

—Pues hoy no es día de Inocentes —masculló el cervecero.

Examiné detenida, aunque disimuladamente, a cada uno de mis coherederos. ¿Qué razones habrían impulsado a la vieja *lady* a hacerles partícipes de su abundante fortuna? Un cargador de muelle, una corista, dos cerveceros chicaguenses, una divorciada necesitada de dinero, aficionado a los pájaros, una mecanógrafa alemana… y un inspector de Scotland Yard.

Faltaba uno todavía: el noble escocés. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había acudido?

Lea Madden iba y venía, sirviendo la cena con fría eficiencia. Para los años que aparentaba tener, se movía con mucha agilidad, denotando una consumada pericia en la labor que ejecutaba.

Un repentino golpe de viento sacudió los vidrios de una ventana. El ruido sonó tan claramente, que todos nos sobresaltamos.

Se oyó el tañido de un tenedor al golpear con un plato. Sidney Ward se puso repentina mente en pie.

—¡Yo no puedo aguantar esto! ¡No tengo ganas de cenar! Ahora mismo me voy a mi habitación y me encierro en ella hasta el día de la lectura del testamento.

Siete pares de ojos, incluidos los de Lea, se clavaron en el nervioso homúnculo, quien se dirigió con paso rápido hacia la

puerta. Abrió de golpe y salió, cerrando luego con un fuerte portazo.

Apenas lo había hecho, sonó un chillido que nos puso a todos en pie del salto.

—¡Diablos! —Gruñó el docker.

La puerta volvió a abrirse. Ward penetró y, cerrando de nuevo, se apoyó en la madera, jadeando convulsivamente.

—Está ahí —susurró. Su rostro estaba completamente blanco.

—¿Quién está ahí? —preguntó Morrissey.

—No sé quién diablos es —respondió el ornitólogo—. Sólo sé que, cuando iba a subir la escalera, divisé una sombra blanca que cruzaba rápidamente el corredor posterior. ¡Cristo, parecía un fantasma!

—¡Fantasma! ¡Puah! —dijo la alemana.

—Convendría investigar eso —manifestó Morrissey sensatamente—. Estamos todos aquí, y si el señor Ward ha visto una sombra en el piso superior, es que dentro hay alguien ajeno a la casa.

—¡Un ladrón! —chilló la Sharr, cogiéndose el cuello convulsivamente, como si quisiera proteger sus joyas.

Zenaide Potts se puso en pie, mirándola despectivamente.

—Si yo fuera ladrón, antes me moriría de hambre que venir a robar aquí.

—Bueno. —Morrissey cortó la charla—, vamos a ver. ¿Alguno de ustedes me acompaña?

—Iré yo —me ofrecí. Natty Gale y la alemana se ofrecieron igualmente.

Salimos los cuatro. El gigante iba a mi izquierda; las dos mujeres a retaguardia. Veronika Speidel blandía su libro belicosamente, como intentando partir la cabeza al primero que quisiese acercársele con intenciones hostiles. No dudo que lo hubiera conseguido; un tomo de filosofía kantiana abre el cráneo del más pintado, solamente con el enunciado de su título.

Subimos los escalones y al llegar al corredor, miramos a derecha e izquierda.

—No hay nadie —manifestó Morrissey.

—La cena perjudicó al señor Ward antes de tiempo —dijo Speidel despectivamente.

—Bueno —expresé yo—, aún queda un recodo del pasillo y, en último caso, podemos registrar las habitaciones. ¿Vamos?

Echamos a andar. Llegamos al ángulo del corredor y nos metimos por él. No habíamos dado un paso siquiera cuando escuchamos una voz.

—¿Me buscaban ustedes?

Giré la cabeza, conteniendo un respingo. Un hombre envuelto en un blanco albornoz de baño, se hallaba frente a nosotros. La cabeza estaba igualmente cubierta por una toalla blanca, que sólo dejaba el rostro al descubierto.

Suspiré. Aquél era el fantasma que había visto Ward. Era un hombre relativamente joven, agraciado de rostro, aunque con unas ligeras bolsas bajo los ojos que indicaban la vida alegre que habitualmente debía dedicarse. Su labio superior estaba orlado por un fino bigotito negro y su sonrisa era brillante y atractiva.

—Me llamo Malcolm Young —dijo. Nosotros nos presentamos igualmente—. Llegué un poco tarde y no quise entretenerles puesto que estaban comiendo. De modo que subí directamente a mi habitación, deshice mi equipaje y luego me fui al baño.

—Y cuando salía, alguien lo vio a usted y le confundió con un espectro —dije.

Young se echó a reír.

—No me extraña. La luz no es muy buena que digamos y este condenado caserón predispone a creer en brujas y duendes. Bien, me alegro de haberles saludado y espero que nuestro conocimiento mutuo aumente en los días que todavía nos restan de vida en común. Buenas noches a todos.

Y ya iba a retirarse a su habitación, por cierto contigua a la mía, cuando se me ocurrió una cosa.

—Un momento, señor Young.

El escocés me miró con gesto especulativo.

—¿Sí, señor Scott?

—¿Ha venido usted en coche?

—Naturalmente. ¿Cómo si no?

—Perdone. ¿Qué marca es?

—Un «Alfa-Romeo» deportivo.

—Muchas gracias, señor Young. Buenas noches.

El escocés volvió a mirarme, ahora muy extrañado. Luego se

encogió de hombros.

—¡Je! —dijo, y cerró la puerta.

Volví el rostro. Natty Gale y Morrissey parecían muy extrañados por mis preguntas.

Sonreí.

—Fue solo curiosidad —dije, sabiendo que no me creían. De pronto reparé en un detalle—: ¿Dónde está la señorita Speidel?

Los dos se volvieron rápidamente. Como yo, se quedaron muy desconcertados.

—Pues… —vaciló la Gale.

—¡Diablos! —Gruñó el *docker*—. Si estaba aquí ahora mismo.

—Hablábamos de fantasmas. ¿No lo será ella? —sugerí, bromeando, para aliviar la tensión.

—Acabaremos todos tocados si esto se prolonga mucho —refunfuñó Morrissey—. Buenas noches —dijo de súbito.

Y se fue, dejándonos a la Gale y a mí.

—¿Qué opina usted de este asunto, señorita Gale? —inquirí.

Ella me miró serenamente. Sus ojos eran grandes, cándidos.

—Muy mal —dijo sin ambages—. No sé por qué se habrá acordado *lady* Kenzie de mí, pero tengo la sensación de que habremos de ganarnos la herencia a pulso, aunque sólo sea sufriendo sustos mientras permanezcamos aquí.

—Estoy de acuerdo con usted —manifesté—. ¿Qué me dice del anónimo?

—Una persona sensata diría que es una broma de mal gusto. —Ella se mordió los labios—. En el fondo, creo que en todos nosotros, mejor dicho, en nuestro subconsciente, late el inconfesado deseo de que muera alguno —o algunos— de los coherederos con el fin de ver y acrecida la parte respectiva.

Me acaricié pensativamente la mandíbula.

—Creo que, en buena parte tiene usted razón, señorita Gale. Posiblemente, ninguno nos convertiríamos en asesino. Sin embargo, a nadie disgustaría un aumento en su parte de herencia, ¿no lo cree así?

Sus hermosos ojos centellearon un momento coléricamente.

—Nunca pensé de usted que pudiera pensar de tal modo, señor Scott. ¡Buenas noches!

Y se alejó con el porte y la dignidad de una reina ofendida. Eso

me gustó mucho, palabra.

Me acosté. Ya no tenía ganas de continuar cenando.

Tomé un lápiz y mi bloc y estuve tomando algunas notas a la par que haciendo algunas observaciones sobre mis coherederos. Luego, cansado, pues no en balde tenía en el cuerpo cuatrocientas millas de automóvil, apagué la luz y me dormí.

Mi sueño no fue, sin embargo, todo lo plácido que hubiera sido de desear. Visiones de hombres persiguiendo a sus albornoces de baño me asaltaron continuamente. De pronto, Lea Madden apareció, arrojando llamas verdes por los ojos. Tenía un lápiz de fuego en la mano, con el que escribía algo en un papel. Las letras destilaban sangre y formaban un gran charco en el suelo. No pude distinguir lo que había escrito, pero es de suponer que no tendría nada de agradable.

A mitad de mi sueño creí oír un fuerte portazo. Luego un susurro y poco después una vocecita chillona, como de nomo que anduviese divirtiéndose por el caserón mientras los huéspedes dormían. Pero estaba tan cansado, que aquellos ruidos los confundí con otras visiones de mis sueños. Finalmente, me dormí como un tronco, dejando de percibir toda otra sensación.

Súbitamente, un agudo chillido se dejó oír en todo el ámbito de la casa.

Me senté en la cama. Esta vez, el chillido había sido completamente real.

El aullido se repitió varias veces. Era un grito proferido por una garganta cuya dueña estaba al borde del histerismo.

Sonó una voz masculina.

—¡Por todos los rayos, cálmate, Colombe!

Me puse en pie, calzándome unas zapatillas. Envolví mi cuerpo en una bata y me dirigí hacia la salida del dormitorio. Mientras lo hacía, percibí voces excitadas y ruido de puertas al abrirse y cerrarse precipitadamente.

—¡Está muerta! —aulló la señora Sharr—. Lo decía el papel; uno de nosotros tenía que morir… ¡Yo me voy de aquí! ¡No quiero más dinero! ¡Ya tengo suficiente con el mío!

Su marido trataba de calmarla, pero en aquel momento se hubiera necesitado un pelotón de granaderos para sujetarla, a juzgar por el ruido de muebles volcados y cacharros rotos que se

oía.

Crucé el pasillo, corriendo al mismo tiempo que otros Uno de ellos, era Morrissey, el cual penetró en la habitación un segundo antes que yo.

Marcus Sharr trataba de sujetar a su esposa, la cual, parecía presa de un incontenible ataque de histerismo. Colombe Sharr era gruesa y a pesar de rebasar la cincuentena cumplidamente, los nervios la infundían unas fuerzas descomunales, contra las cuales trataba de luchar su esposo, sin el menor éxito.

Morrissey penetró en la estancia con paso largo y fácil a pesar de su aparente pesadez.

—Déjemela a mí, señor Sharr —dijo. Movió ligeramente el brazo derecho, se oyó un suave ¡crak! después un hondo suspiro y la señora Sharr dejó de patalear.

—Bueno —dijo el cargador— chupándose los nudillos de la mano derecha, —ya está calmada. Y ahora, ¿qué es lo que sucede?

La habitación de los Sharr estaba orientada directamente al Este. Me acerqué a la ventana por la cual entraban los primeros rayos del sol.

Dominé difícilmente mis nervios.

A través de la ventana se veía la colina que ya he descrito anteriormente, la cual se encontraba a unos cuarenta metros de la casa. El árbol había fructificado durante la noche.

Pero su fruto era un fruto macabro y siniestro. Los pies de la persona ahorcada que pendía de una de sus muertas ramas giraban lentamente: derecha, izquierda… izquierda, derecha…

A mi espalda sonó un grito sofocado. Volví el rostro. Era Natty Gale.

Zenaide Potts había acudido también, como el resto de los huéspedes. Tenía el rostro ceniciento y su labio inferior temblaba perceptiblemente.

—Pobre, pobre muchacha —repetía una y otra vez.

Mi espíritu inquisitivo se despertó rápidamente.

—Venga conmigo, Morrissey —dije, comprendiendo de modo instintivo que el *docker* era el único que podía ayudarme.

Descendimos las escaleras a todo correr, atravesamos el amplio y desnudo vestíbulo y salimos fuera.

Cuando llegamos a la cima de la colina, teníamos la lengua

fuera. Levanté la vista y miré el rostro de la Speidel. No era una visión agradable.

—Descolguémosla —sugerí.

Morrissey sacó una navaja del bolsillo y estiró los brazos.

—Sujétela, señor Scott.

No es agradable abrazarse a las caderas de un ahorcado, pero tuve que hacerlo. Los pies de la Speidel pendían a escasos centímetros del suelo, de modo que el *docker* llegó fácilmente a cortar la cuerda a ras del nudo.

Luego depositamos el cadáver de la alemana en el suelo. Algunos de los huéspedes acudían despacio, atraídos por el espectáculo. Lea venía también. Faltaban los Sharr.

Morrissey y yo nos miramos.

—Está completamente fría, señor Scott —dijo.

Quería decirme que ya llevaba mucho tiempo muerta. Más de dos horas, por lo menos.

Asentí con leve gesto de cabeza. En aquellos momentos estaba acordándome de los extraños ruidos que había oído durante la noche y que había llegado a confundir con mis pesadillas.

¿Había sido entonces cuando la Speidel fue atacada?

Posiblemente; y ahora podría estar viva de haber actuado yo con más decisión. Pero ¿quién iba a suponer que en aquellos momentos se estaba cometiendo un asesinato?

De repente, se me ocurrió una idea. Volví el cadáver boca abajo y examiné atentamente la parte posterior de su cráneo, pudiendo ver un gran hematoma bajo la nuca.

Cubrí el golpe con los cabellos. Volví a dejar el cadáver boca arriba y cubrí su rostro desfigurado con un pañuelo. Luego me puse en pie limpiándome maquinalmente el polvo de las rodillas.

Un círculo de interesados espectadores me rodeaba, contemplándome todos ellos inquisitivamente. Natty Gale, la Potts, Ward, Young, cuya sonrisa había desaparecido, Morrissey, Lea…

—¿Quién la ha matado?

—¿Dónde está el asesino?

—¿No se habrá suicidado?

Levanté las manos, tratando de imponer silencio.

—Por favor, sé de esto tanto como ustedes. Me temo que habremos de ser objeto de una investigación por parte de la policía,

por lo cual creo que conviene que nadie se mueva del «Manor» hasta que no nos lo autoricen…

Zenaide soltó de pronto una estridente carcajada.

—Bueno, ya está, aumentada nuestra parte. Un heredero menos, ¿no es cosa de celebrarlo como se merece?

—¡Cállese! —rugió Young—. Éstos no son momentos para bromas.

La Potts miró desafiante al escocés.

—Digo lo que me parece bien, señor mío. Y si no le gusta…

—Por favor —sonó la voz fría e impersonal del ama de llaves—. ¿Qué hacemos con el cadáver?

—Dejarlo aquí hasta que venga la policía, naturalmente —contestó Morrissey.

—En Bulbville no hay más que un viejo agente rural —dijo Lea —. Será preciso avisar a Dartmoor o a…

¡*BOOM*!

La tierra tembló súbitamente, al mismo tiempo que se oía una atronadora explosión.

Todos nosotros volvimos el rostro hacia el lugar donde se había oído el estampido.

Una columna de humo y polvo subía lentamente a lo alto, deshilándose perezosamente en la primera brisa mañanera.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Young.

—¡Nos están bombardeando! —chilló Zenaide.

Antes de que la metálica voz del ama de llaves lo anunciase, ya sabía yo lo que había pasado.

—¡Han volado el puente!

CAPÍTULO V

Mientras examinaba el puente, pensaba.

Con discreción, ayudado por ellos, había interrogado a todos los coherederos, tratando de establecer el empleo que del tiempo habían hecho todos. Y digo ayudado por ellos, porque el frenesí en sacudirse el muerto, digo la culpa de encima, era evidente. Todos habían permanecido en su habitación sin salir en toda la noche, nadie había visto nada, nadie había oído nada raro… pero Veronika Speidel estaba muerta.

El suicidio debía ser descartado por completo. El hematoma que presentaba en la nuca indicaba que había sido golpeada para atontarla y que así ofreciese menos resistencia al asesino. A juzgar por lo que habían manifestado los huéspedes de «Moffera Manor», ninguno de ellos había sido.

Pero ahora había otro punto importantísimo: el puente. Su demolición había sido total y no había ni que soñar en pasar al otro lado. Lo escarpado de las paredes de aquel angostísimo barranco impedía toda tentativa en tal sentido. Eran cerca de sesenta metros que sólo podían salvarse siendo lagartijas o pájaros.

Y yo no era ninguna de las dos cosas. Algunos de los tirantes del puente colgaban sobre el abismo, mostrando las astilladas señales de la fractura producida por la explosión. ¿Qué había empleado el asesino para demoler el puente? Tal como lo había observado al pasar por encima con el «Austin», un par de cartuchos de dinamita habían sido suficientes para destruir por completo aquel nexo de unión del «Manor» con la civilización.

Naturalmente, la pregunta que surgía inmediatamente después de conocida la voladura del puente era la siguiente: ¿Por qué lo habían hecho?

¿Pensaba cometer más crímenes el asesino, aislándonos en el «Manor»?

Me pareció poco sensato aquel procedimiento. El barranco no era infinitamente largo. Debía tener un término en alguna parte. Pero ¿dónde estaba ese término?

Súbitamente, advertí una cosa, en la cual hondamente preocupado por los dos sucesos que aquella mañana, no había reparado hasta entonces: El fondo del barranco estaba lleno de agua.

Recordaba perfectamente lo que había visto el día anterior a mi llegada, y entonces vi el lecho casi enjuto, con sólo algunos charcos, entre los cuales asomaban algunas rocas musgosas. ¿Por qué había ahora tanta agua?

—Es la marea —dijo una voz a mi lado de pronto.

Me volví con rápido gesto.

Natty Gale estaba allí, con el negro cabello recogido en la nuca por una cinta roja, vistiendo un ceñido *sweater negro y unos pantalones del mismo color, no menos ceñidos. Se calzaba con unas cómodas zapatillas tipo mocasín indio y en la mano izquierda sostenía un cigarrillo a medio consumir. El conjunto era delicioso, subyugante.*

—¿La marea? —repetí, atónito.

—Sí. Ese barranco comunica con el mar, a media milla de aquí. ¿No lo sabía?

¡Qué tonto había sido! Ni siquiera me había fijado en el hecho que el «Manor» estaba situado a una distancia similar del océano, pero, el alzarse delante del mismo una larga cadena de colinas, el mar quedaba por completo oculto a la vista de los habitantes del mismo.

—Tiene razón; lo había olvidado —confesé.

Natty sonrió pálidamente.

—Está pensando en cómo ir a Bulbville a avisar a la policía, ¿no es eso?

—Señorita Gale, con usted no se pueden tener secretos.

—Pero no podrá ir, señor Scott.

—¡Qué! No me va a decir que este barranco…

La muchacha movió la cabeza afirmativamente.

—El barranco describe un arco en torno al «Manor». La cuerda de dicho arco mide una milla aproximadamente, lo cual da para la curva del barranco una longitud de dos y media largas. Es un magnífico foso natural que cuando sube la marea, convierte a los

terrenos que circundan el «Manor» en una isla imposible de abandonar por ninguna parte.

—No me irá a decir que, en los extremos del barranco, no se puede pasar al otro lado. Habrá una playa, algún trozo de tierra llana que permita…

Natty volvió a mover la cabeza.

—El terreno sigue así hasta llegar a la costa, en donde se hunde verticalmente por espacio de muchas millas. Un buen escalador podría descender abajo… sólo para encontrarse con las olas que baten continuamente los acantilados. ¿No oye usted?

Un súbito golpe de viento trajo hasta nuestros oídos un sordo rumor cuyo origen era inconfundible: el del mar asaltando continuamente la base de los farallones en donde terminaba la tierra sólida.

—El primer Kenzie que eligió este asentamiento para su fortaleza, lo hizo con un profundo sentido de la estrategia defensiva. ¿Para qué construir un foso en torno a su castillo si ya la Naturaleza lo había hecho millones de años antes? El único acceso al «Manor» era el puente, que substituía al levadizo que debió existir siglos atrás… y ahora, no está ninguno de los dos.

—Parece usted bien enterada de cuánto concierne a «Moffera Manor» —dije.

—Me tomé la molestia de hacerlo antes de venir aquí —contestó ella sin inmutarse.

Mentía. Yo había buscado datos respecto al «Manor» y no había hallado nada semejante. ¿Por qué estaba tan enterada de aquellos detalles?

—De todas formas —objeté—, un tipo hábil, con cuerdas, podría pasar al otro lado. Ayudado por el resto de los huéspedes, desde luego, y en el momento de la marea baja.

—Es cosa digna de intentarse —aprobó la joven—. ¿Por qué no vamos a buscar esas cuerdas?

—Encantado —dije, emparejándome con ella. Saqué cigarrillos y le ofrecí uno, que ella aceptó con graciosa complacencia.

Mientras protegía la llama del viento con el hueco de la mano, observé disimuladamente el bello perfil del rostro de la muchacha, que se prolongaba en un cuello de cisne de impecable factura. Natty empezó a gustarme y me pregunté si no sería aquélla la mujer ideal

para hacerme salir da lo que amenazaba convertirse en inveterada soltería.

—Muchas gracias —dijo ella, y continuamos nuestro camino.

—¿Desayunó usted algo? —pregunté en tanto nos dirigíamos al «Manor».

—Una taza de té. —Natty hizo una leve mueca—. Después del espectáculo de esta mañana, comprenderá que mi estómago no estaba demasiado firme para recibir cosas demasiado pesadas.

—Claro —murmuré. Luego pensé en la muerta, tendida en su lecho, inmóvil, esperando la llegaba de un forense y de unos agentes de la policía que nadie sabía cuándo se produciría. Habíamos cerrado la llave de su habitación y se la había entregado a Morrissey para que la guardase. Debiera haberlo hecho yo, pero, ante todo, convenía pasar completamente inadvertido y que nadie supiera mi condición de agente del Yard.

Llegamos a la casa, perseguidos por una ráfaga de aire fresco, que olía penetrantemente a humedad. Mientras sostenía la puerta para que Natty entrase, levanté la vista y miré al cielo.

El sol había sido ocultado por mía densa capa de grises cumulonimbos que corrían velozmente hacia el Este. Las nubes anunciaban agua, y cuando empezaba a llover, no pararía ya hasta la primavera.

Los huéspedes estaban reunidos en el comedor, en torno al fuego de la gran chimenea central. El silencio era casi absoluto a excepción del rumor de una conversación que sostenían la Potts y Young, ligeramente separados del resto.

Todos nos miraron inquisitivamente apenas entramos. Sharr, el cervecero, se levantó impulsivamente.

—¿Han encontrado algo? —preguntó inquieto.

—¡Markie —chilló su mujer—, aquí, conmigo! Lo que hagan o dejen de hacer estos señores no es cuenta tuya.

Sharr obedeció como perro apaleado. Me miró aprensivamente, pero no dijo nada.

—Creo que se equivoca, señora Sharr —dije con tranquilo acento—. Creo que lo que haga aquí cada uno de los restantes sí es de la incumbencia de todos. Y más ahora que estamos completamente separados del resto del mundo.

—¡Aislados! —gimió la cervecera.

—¿Está seguro de lo que dice, señor Scott? —preguntó Young con voz tema.

—Por completo, señor Young —repuse.

—Eso es imposible —dijo Morrissey.

Me volví hacia Natty.

—Señorita Gale, tenga la bondad de repetir cuánto me dijo hace unos momentos allá arriba, junto al puente destruido.

—Con mucho gusto, señor Scott —respondió la muchacha. Su voz era firme y serena al explicar la situación en que se encontraba el «Manor». Al terminar, para apoyar su afirmación, se fue hacia una de las ventanas, abriéndola de par en par.

El lejano bramido del mar penetró al instante por el hueco, junto con algunos chillidos del viento, que parecía ir aumentando su fuerza. Natty cerró y se volvió hacia nosotros.

—¡Dios mío! —gimió la Sharr, repentinamente acobardada—. Nos matarán a todos, a todos…

—¿Por qué han de matarnos? —dijo Young—. ¿Es que no somos bastantes para defendernos?

—Por supuesto, si conociéramos al asesino —declaró la Potts enfáticamente.

—¿Y no hay un medio de comunicarse con las autoridades de Bulbville? —preguntó tímidamente Sharr, después de haber mirado a su esposa, como pidiéndole permiso.

—Sí —contesté—. Hay uno, pero se requiere la colaboración de todos los huéspedes de la casa.

—Explíquese, señor Scott, por favor —dijo Morrissey, con voz tranquila y ponderada.

Miré al *docker* unos momentos. Tenía, efectivamente, todo el aspecto de un estibador de los muelles de Londres, pero su voz y sus maneras eran reposadas, cultivadas, como de un hombre que hubiera estudiado mucho anteriormente. Era un tipo sereno y reflexivo, que daba la sensación de no perder la serenidad por ningún motivo.

Expresé la idea que se me había ocurrido. Fue aprobada por unanimidad.

—Aunque —objeté, mirando al cielo— habrá de posponerse para mañana. La luz decae rápidamente y bajar al fondo del barranco a oscuras puede ser peligroso para un hombre no

acostumbrado al alpinismo.

—Conforme —aprobó Young—. ¿Y quién bajará?

Callé un momento. La idea de descender aquellos sesenta metros colgado de una cuerda no me hacía ninguna gracia. Luego venía el ascenso, que no tenía nada de sencillo. Pero no me quedaba otro remedio que ofrecerme.

Sin embargo, antes de que lo expresara en alta voz, alguien puso una pega.

—Estamos hablando de cuerdas, pero ¿ya sabemos si hay en el «Manor» alguna lo suficientemente larga como para permitir ese descenso? —dijo Natty Gale.

Hubo un silencio después de la objeción.

—Bueno —dijo Young—, yo creo que lo mejor de todo será enterarnos por medio de la señora Madden. Ella mejor que nadie podrá decírnoslo.

—De acuerdo —dije—. Iré a llamarla.

Natty estaba más cerca de la puerta y me ganó. Mientras lo hacía, me fijé en un detalle.

—¿Dónde está el señor Ward?

—¡Lo han asesinado! —chilló Colombe Sharr histéricamente.



Lo han asesinado

2 — MUERTOS

Respingué.

—¿Qué? ¡Asesinado! ¿Cómo lo sabe?

—¿Preguntaba alguien por mí? —dijo en aquel momento una vocecilla tenue y chillona.

—¡Ward! —gritó Young—. ¿Dónde se había metido usted?

—Estaba en la biblioteca, buscando algún libro que tratase de Ornitología.

Lea Madden apareció en aquel momento.

—¿Llamaban los señores? —preguntó con su habituar, tono impasible.

Me adelanté hacia ella. En dos palabras le expliqué la situación.

—Muy bien, señor —contestó sin inmutarse—. Creo que podré servirles. Precisamente, en el cobertizo de las herramientas, vi hace unos días un rollo de cuerdas que quizá se acomoden a sus deseos.

—¡Espléndido! —dijo Young—. Vamos para allá.

El escocés fue el primero en salir. Yo le seguí y detrás de mi vino Morrissey.

Apenas habíamos salido a la explanada frontera a la fachada, un extraño olor se dejó percibir en el ambiente.

—¿Qué es eso? —preguntó Young, con una profunda arruga en su frente.

Los tres permanecimos unos momentos inmóviles, mirándonos fijamente, como si no nos atreviésemos a expresar con palabras las ideas que bullían en nuestra mente. Luego, de modo brusco, echamos a correr simultáneamente.

Doblamos la primera esquina, seguimos por la fachada Este y alcanzamos el otro ángulo del «Manor». Al llegar allí y rebasarlo, vimos algo que nos dejó helados, como si toda la nieve del mundo nos hubiera caído encima de nosotros.

¡El cobertizo de las herramientas ardía furiosamente en pompa!

CAPÍTULO VI

Era ya bien cerrada la noche cuando el fuego se extinguió por sí solo, al no encontrar las llamas nada más que consumir. El otro hangar estaba destinado a cochera y garaje, y en él no encontramos absolutamente nada que pudiera servir a nuestros fines.

El tiempo transcurrió melancólicamente lento en el comedor. De vez en cuando, alguno proponía una solución que era inmediatamente rechazada.

Sharr quería quemar el «Manor» de noche, con el fin de hacer que su resplandor fuera visto desde Bulbville y atraer así la atención de sus vecinos. Pero la idea fue rechazada por absurda e impracticable.

—Supongamos que no ven el fulgor del incendio —dijo la Potts—. ¿Qué hacemos, entonces, al aire libre?

—Mejor que quemar el «Manor» —refunfuñó Colombe Sharr—, sería encontrar al autor del incendio.

—Que es, naturalmente, el asesino —dijo su marido.

—En mi país —continuó la cervecera airadamente—, estas cosas se solucionan de una manera muy rápida: se atrapa al asesino y se le cuelga de un árbol, sin más contemplaciones.

—¡La ley de Lynch, por supuesto! —comentó Young irónicamente.

—¡No hablen de ahorcar a más personas! —chilló la Potts, nerviosísima.

—En primer lugar —manifesté—, antes de llevar a cabo un acto de justicia tan sumaria, sería mejor encontrar al asesino. Y luego demostrar que lo es, realmente.

Hubo un momento de silencio. Luego, la Sharr, con aire sibilino, dijo:

—Yo sé quién es. Sí, lo conozco.

—¡Dígalo inmediatamente! —ordenó Young.

—¿Por qué lo ha callado hasta ahora, señora Sharr? —preguntó el docker hoscamente.

—Porque no estaba segura de ello —contestó la rubicunda cervecera—. Pero ahora, después del incendio del cobertizo…

Extendió su mano derecha y con énfasis dramático, apuntó hacia el ornitólogo.

—¡Usted es el asesino, señor Ward!

El rostro del homúnculo se puso pálido de repente.

—¡Qué! ¿Yo? Pero…

—Sí —continuó la Sharr con un silbido—, usted ha sido el que incendió el cobertizo. ¿Por qué? Yo sé lo diré: para impedir que pudiéramos utilizar el rollo de cuerdas que se guardaba allí. ¿Con qué objeto? Con el de impedirnos la salida de esta endemoniada casa y poder continuar así satisfaciendo sus instintos criminales. ¡Usted es el asesino, señor Ward!

—¡Está loca! —gimoteó el ornitólogo—. Esa mujer está…

—No, no estoy loca —continuó ella, con ojos que le ardían—. ¿Dónde se encontraba usted esta tarde, momentos antes de que llamásemos al ama de llaves para preguntarle por las cuerdas? Yo sé lo diré: incendiando el cobertizo, ¡miserable asesino!

Y sin más, profiriendo horribles palabrotas, se arrojó hecha una arpía sobre el desdichado Ward, el cual, espantado, echó a correr por el comedor, en torno a la mesa, perseguido implacablemente por aquella gruesa mujer, en la cual los nervios habían puesto una agilidad que nunca había poseído.

La escena hubiera resultado risible, a no ser porque había un cadáver sobre nosotros y la amenaza de que se produjeron más muertes. De modo que, mientras Young y la Potts reían desaforadamente, Natty chillaba. Sharr juraba y Morrissey fruncía el ceño, yo alargué el pie en el momento en que la gorda pasaba por mi lado, haciéndola caer al suelo cuan larga era.

Marcus Sharr acudió a consolarla, y la buena mujer quedó sentada, llorando patéticamente, dejando que las lágrimas resbalasen por su rostro mofletudo.

—¡Nos matará a todos ese miserable!

—Cálmate, palomita mía, cálmate —decía su esposo.

Ward me cogió por las solapas de la chaqueta.

—¡Señor Scott, le juro que yo no he hecho nada malo!

Solamente…

Un ruido insólito nos sobrecogió a todos de repente. Fue como un trueno sordo, que se produjera al mismo tiempo dentro de la estancia y a cientos de kilómetros de ella.

Me pareció que el suelo se movía ligeramente. Un cristal tintineó de pronto, sin motivo aparente.

De súbito, Zenaide Potts lanzó un agudo chillido.

—¡Miren! ¡Se está moviendo sola! ¡La lámpara!

Levantamos la vista todos a la vez.

Efectivamente, la gran lámpara central se balanceaba ligeramente de derecha a izquierda, como si hubiera sido por una repentina ráfaga de viento.

Pero todas las ventanas estaban absolutamente cerradas.

¿Por qué se movía la lámpara?

Recordé el trueno sordo y profundo que había estallado segundos antes, así como el tañido del cristal. ¿Un terremoto?

La puerta se abrió de repente y en su umbral apareció la impasible silueta del ama de llaves.

—Pueden, si lo desean, subir a sus cuartos a cambiarse. La cena estará dentro de treinta minutos.

Y trató de retirarse.

Se lo impedí con una voz:

—¡Señora Madden!

—¿Señor Scott?

—Dígame usted —avancé hacia ella—, ¿no habló ayer de un tal Dodds?

—En efecto, señor. Es el mozo que debía ayudarme en las faenas de la casa, pero no ha acudido.

—¿Por qué?

—Ignoro las razones, aunque el último día que estuvo ayudándome en la limpieza general, se quejó de dolor de cabeza y escalofríos.

—¡Vaya —comentó Young—, atrapó la gripe!

—Posiblemente —concordó el ama de llaves.

Asentí con un gesto.

—De todas formas —dije—, creo que hay un medio para llegar al otro lado del barranco.

Dos o tres se me echaron encima ansiosamente.

—¿Cómo?

—¿De qué manera?

—Explíquese pronto, señor Scott. —La última fue Natty.

—Verán —dije—, los estribos del puente han quedado relativamente intactos. No tenemos cuerdas, pero sí sábanas y mantas.

—Arrojar un cable al otro lado no sería difícil —comentó Morrissey—. Pero ¿quién es el guapo que se arriesga a cruzar esos ocho o diez metros suspendido solamente de las manos?

La pregunta del *docker* provocó un profundo silencio entre todos nosotros.

Se supone que un funcionario de Scotland Yard tiene que ser listo, inteligente, hábil, audaz, decidido, fuerte, valiente, ágil y qué sé yo cuántas cosas más; pero en aquel momento me faltaban a mi muchas de aquellas cualidades. Sobre todo, una de ellas: Decisión.

Pensar en franquear aquel paso colgado de las manos me ponía los pelos de punta, francamente.

¿Y si uno de los estribos del otro lado, de madera podrida, cedía?

Malcolm Young pasó por delante de mí, rompiendo el silencio.

—Voy a cambiarme de ropa —gruñó.

Ward, la Potts y Morrissey le siguieron. Detrás de ellos fueron los Sharr. Lea Madden ya había desfilado, en vista de que nadie requería sus servicios.

Quedamos Natty y yo a solas. Nos miramos mutuamente.

—La situación es bastante comprometida, señor Scott —dijo.

—En efecto —contesté meditabundo—. Y lo malo es que no veo la manera de poder salir de aquí.

—Todo consiste en esperar hasta que venga el notario a leer el testamento. Entonces, verá que el puente está roto y volverá a Bulbville para avisar a las autoridades.

—Dodds puede reponerse antes de su gripe —sugerí.

—También es otra solución —concordó Natty.

—¿Y nadando?

—¿Cómo nadando? —preguntó ella, extrañada.

—Me refiero a bajar al fondo de los acantilados, pasar a nado el trozo del barranco y luego… No —dije desalentado—, si los farallones son tan pronunciados como los de aquí, es una idea

completamente impracticable.

—Luego, no nos queda otro remedio que esperar aquí hasta que aparezca alguien a rescatarnos.

—Eso parece —concordé lúgubremente.

El viento batió de pronto una de las ventanas. Natty se estremeció.

—Voy a cambiarme —murmuró.

Media hora más tarde, volvíamos a reunirnos todos en el comedor. El último en bajar fue Malcolm Young.

Su rostro aparecía encendido por la cólera. Traía en la mano un papel que arrojó con evidente desprecio sobre la mesa.

Por pura casualidad, el papel revoloteó irnos momentos antes de caer. Varias manos ansiosas se alzaron para recogerlo, pero vino a caer, sin apenas esfuerzo por mi parte, en las mías.

—Otra broma de ese estúpido comunicante —farfulló Young, irritadísimo.

Leí el contenido del papel. La letra era idéntica.

¡HE, HE! LA HERENCIA HAUMENTA. HAORA YA ZOLO QUEDAN SIETE. ¿HA QUANTO TOCARAN HOCHOZIENTAS MIL LIVRAS HENTRE SEIZ?

CAPÍTULO VII

Aquella noche sonaron fuertemente los cerrojos de puertas y ventanas. El pánico se había apoderado de los huéspedes del «Manor» y confieso que yo tampoco las tenía todas conmigo.

Por lo que pudiera ocurrir, revisé la pistola que había tenido la precaución de llevar conmigo. Comprobé la carga, hecho lo cual me tumbé en el lecho.

Vestido, no pensaba dormir aquella noche.

El tiempo transcurrió lentamente. De vez en cuando, una racha de viento golpeaba la fachada de la casa, haciendo crujir algún marco de ventana.

Consumí cinco o seis cigarrillos antes de que me decidiera a salir de mi habitación. Atisbó por una rendija antes de hacerlo y al ver que la vía estaba despejada crucé la puerta.

El pasillo se hallaba alumbrado por mía luz mortecina, que arrojaba sombras espectrales a los lados. Previsoramente, me había puesto una especie de *sweater oscuro y unos pantalones del mismo o parecido color, y llevaba los pies metidos en unas silenciosas zapatillas de goma. En la mano tenía una antorcha eléctrica y en el bolsillo de la cadera mi pistola.*

Crucé el pasillo rápidamente, sin detenerme un solo instante. Al fin llegué al lugar deseado, que no era otro que la entrada a la habitación de la difunta Veronika Speidel.

Saqué del bolsillo un diminuto manojo de ganzúas de que me había provisto con anterioridad a mi salida de Londres. Tanteé unas cuantas veces hasta hallar la precisa y la cerradura cedió.

Penetré en el cuarto, cerrando a mis espaldas. La habitación estaba completamente a oscuras, pero no quise encender la luz.

Disparé un destello de la lámpara para orientarme. Fui hacia la ventana y corrí las cortinillas. Luego volví a encender la lámpara y paseé el haz de rayos por la estancia, buscando el equipaje de la

muerta.

Ésta se encontraba tendida en el lecho, cubierta por una sábana blanca de pies a cabeza. Su visión me hizo sentir un fuerte estremecimiento que no pude contener y tuve que hacer un esfuerzo de voluntad para apartar la vista de aquella silueta espectral, hacia la cual mis ojos se sentían morbosamente atraídos.

Al fin divisé dos maletas puestas en pie en un rincón de la estancia. Avancé hacia ellas, poniendo la primera en posición horizontal. Nuevamente hice uso de las ganzúas para forzar la cerradura, cosa que conseguí en escasos segundos.

Empecé a revisar el equipaje de la muerta. En la primera maleta no hallé nada de particular: todo eran ropas y objetos de uso personal.

La segunda maleta tenía algo por el estilo, más libros, todos ellos de Filosofía. Los hojeé detenidamente, uno por uno, para ver si encontraba algo interesante, pero tampoco pude hallar nada que pudiera ayudarme en mis pesquisas.

Al terminar el registro de las dos maletas, continué con el armario de la ropa, sin encontrar tampoco, pese a mi minuciosidad, nada que pudiera darme la menor pista. Pero yo presentía, sabía, que la Speidel debía haber dejado una pista, algo, en fin, que contribuyese al esclarecimiento de su muerte.

Había dos factores que abonaban mi suposición. Primero: el conocido metodismo de la gente germánica. Segundo: este metodismo tenía que haberse visto aumentado por la misma profesión de la muerta. Una secretaria como había sido ella, no pedía ser desordenada en modo alguno. Cualquier hecho, cualquier acontecimiento que la hubiera afectado, tenía que haber sido registrado por la Speidel de alguna forma. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? He aquí tres preguntas que en aquellos momentos no tenían respuesta alguna, por más que la buscara.

No me quedaba otro sitio que registrar y tuve que hacerlo, venciendo mi repugnancia. Pero tampoco en las ropas que vestía la difunta pude hallar nada.

¿Entonces?

De pronto, recordó una cosa.

El libro.

Sí, el libro que ella había estado leyendo el día de mi llegada al

«Manor».

Recordaba muy bien el aspecto externo de tal libro. Estaba encuadernado en cuero rojo, con cantoneras negras. Y no lo había visto entre los que ella guardaba en la maleta.

¿Dónde estaba?

De pronto, mi vista recayó sobre una silla que había junto a la ventana, pero al lado opuesto del lecho, casi en el ángulo de la estancia. Había allí una especie de chaqueta de lana, la cual encubría un gran bolso de rafia, de aspecto un tanto incongruente.

Sonriendo satisfecho avancé hacia la silla. En aquel momento, sonó un fuerte ruido.

¡PAM!

Me quedé clavado en el sitio, apagando instantáneamente la luz de la lámpara. ¿Quién había disparado?

Cambiándome la lámpara de mano, extraje la pistola del bolsillo y quitó el seguro.

Escuché durante unos momentos. No se ola el menor ruido, excepto los débiles y entrecortados lamentos del viento.

¡PAM!

Me sequé el sudor de la frente con la manga. Respiré aliviado. Se trataba de alguna puerta que se había destrincado y batía contra el marco, impulsada por el viento. Pero confieso que durante unos momentos sentí verdadero pavor.

Continué mi camino. En aquel momento, crujió una madera. Me detuve de nuevo.

El crujido se repitió.

Sentí que la sangre se me enfriaba repentinamente.

«Calma, Ned», me dije.

La habitación estaba completamente en tinieblas. Eran unas tinieblas densas, casi físicas, que me llenaron de angustia.

¡ÑAAACCC…!

Y, de pronto…

Un aliento ardiente sopló en mi nuca.

Giré en redondo a la vez que levantaba la mano con la pistola. Algo muy duro me golpeó en la frente.

Un círculo blanco apareció al instante delante de mis ojos. El círculo se rompió de pronto en mil pedazos de todos los colores, los cuales fueron dispersándose hasta desaparecer por completo y dejar

paso a la oscuridad.

Cuando me desperté, sentí algo húmedo en la cara. Aspiré hondo, pareciéndome que querían taladrarme el cráneo con una barra de hierro al rojo.

—¡Señor Scott!

Trató de abrir los ojos, pero el resplandor de la lámpara me deslumbraba.

—Soy yo —dijo una voz femenina en tono muy bajo. Natty Gale.

Traté de sentarme y lo conseguí. Una intensa basca me convulsionó el estómago durante unos momentos.

—Hola —dije con voz desfallecida.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó ella, angustiada.

Me toqué la frente. Tenía en ella un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

—Alguien me ha zurrado de lo lindo. —De pronto me sobresalté —. ¡Eh! ¿Qué hace usted aquí?

—Me despertó esa puerta abierta —repuso Natty— y ello me hizo perder el sueño. Entonces creí oír alguien que andaba por el corredor y salté de la cama, asomándome a la puerta. Pude ver —o al menos me lo pareció— una sombra que se deslizaba al interior del cuarto. Dudé unos momentos y luego vine hacia aquí. Entré y… bueno, lo vi a usted en el suelo. Fui a mi cuarto, mojé un pañuelo…

—… y me desperté —murmuré amargamente. Súbitamente se me ocurrió una idea—. Oiga, ¿no vio usted salir al hombre que había entrado?

—Hombre o mujer —contestó ella con firmeza—, no salió nadie.

—¿Está segura?

—Positivamente. Estuve atisbando todo el rato desde la puerta de mi cuarto. Puede que no le hubiera distinguido las facciones, pero sí le habría visto salir, en todo caso.

Haciendo un esfuerzo, me sobrepuse a la debilidad que me había causado el golpe y me puse en pie. Natty se incorporó también.

Estaba encantadora con aquella negligé que no ocultaba demasiado sus numerosos y bien proporcionados encantos. Pero en aquellos momentos, no estaba yo para fijarme en tales cosas.

—Si ese tipo ha entrado, y ahora no está es que ha salido. ¿Por dónde?

Natty había encendido la luz al entrar en el dormitorio. Miramos

por todas partes, sin encontrar ninguna señal que pudiera indicar un paso, la entrada a un pasadizo misterioso o cosa por el estilo.

—El armario ropero —dije de pronto.

Estaba empotrado en la pared y era lo suficientemente alto y ancho para ocultar a una persona con toda comodidad. Ligera como el viento, Natty fue a abrir, pero pude detener su gesto antes de que lo consiguiera.

Me miró, inquieta.

—Apártese a un lado —susurré.

Ella obedeció. Tenía miedo, evidentemente, pero no lo demostraba.

El armario tenía la llave puesta. Hice girar ésta y luego, con la mano izquierda, ya que tenía la pistola en la derecha, abrí la puerta bruscamente.

Al mismo tiempo, salté hacia atrás y a un lado, para prevenirme de la posible agresión de un emboscado. Pero allí no había nadie.

Natty y yo nos miramos desconcertados un momento. Luego, resolviéndome a la acción, penetré dentro del armario y tanteé en las paredes. Los golpes sonaron opacos, sin dar el menor indicio de una oquedad al otro lado.

Salí fuera, mordiéndome los labios, pensativamente. ¿Por dónde había escapado el individuo?

—¿Sabe usted si era hombre o mujer? —pregunté.

Ella hizo un gesto de duda.

—Ayer llevé pantalones todo el día —dijo—. ¿Quién puede asegurarlo con la luz pésima que hay en el corredor?

—Tiene razón —dije, y en aquel momento, la ventana se abrió repentinamente, con fuerza. Las cortinas echaron a volar.

Natty profirió un grito de susto y se me abrazó con fuerza. Confieso que, pese al miedo que sentía, no me importó en absoluto sentir junto al mío el cálido y agradable contacto de su cuerpo joven y bien formado.

—¡Ned! —exclamó, aterrorizada.

—No tema —dije, reponiéndome de la impresión—. Ha sido la ventana, que estaba mal cerra…

¿Mal cerrada?

En aquel momento recordé que cuando había corrido las cortinillas, la ventana tenía los pestillos echados.

¿Quién los había quitado, por tanto?

Corrí hacia ella y doblé el cuerpo sobre el antepecho.

—Venga, Natty —dije.

Ella obedeció. Miró.

—Hay una escalera —murmuró, volviendo la vista hacia mí.

—Exacto. Esa escalera que se apoya contra la pared ha sido el medio que ha empleado el asesino para huir. Debió temer o sospechar que había sido visto entrar aquí, o quizá quiso asegurarse la retirada, el caso es que la había dejado colocada con antelación…

—¿No podría ser —me interrumpió la muchacha—, que algún cómplice le hubiera estado esperando abajo?

—Es un evento digno de ser anotado —concordé—. Pero, entonces, ¿quién es ése cómplice?

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Natty creyó comprender lo que pasaba por mi mente.

—Ned —me dijo, agarrándome por el brazo—, le juro por lo que más quiera que yo no he tenido nada que ver en este asunto.

Di un par de suaves palmadas en su mano.

—Olvídelo, querida —dije—. Ahora, lo que más nos conviene es volver a nuestra habitación y descansar. Mañana…

Me interrumpí de pronto. Acababa de recordar una cosa.

—Ned, ¿qué le sucede? —preguntó Natty, inquieta.

Algo me faltaba. ¿Qué había ido a buscar allí?

Pronto lo encontré. Era el bolso de rafia de la muerta.

Estaba en el suelo, arrojado de cualquier manera, con parte de su contenido desparramado sobre las baldosas. Me agaché a recogerlo y examiné su interior.

—¡Se lo ha llevado!

—¿Qué es lo que se ha llevado?

Dejé el bolso a un lado, con un profundo sentimiento de frustración. Era evidente que el asesino había tenido la misma idea que yo, pero había conseguido ganarme por segundos.

—La Speidel estaba leyendo un libro de tapas rojas y cantoneras negras con filetes dorados el día que yo llegué. Ese libro es el que buscaba y ha desaparecido.

—¿Qué decía el libro?

Me encogí de hombros.

—Era un tratado de Filosofía. Pero, en mi opinión, debía tener

algo interesante entre sus hojas. No puedo saber exactamente qué era, pero daría algo bueno por conocerlo.

—Debía ser de importancia cuando el asesino se lo llevó.

—Sí —suspiré. Tomé su brazo—. Vámonos, aquí ya no tenemos nada que hacer y este ambiente deprime.

Ella asintió y salimos fuera. Después nos separamos, yéndonos cada uno a nuestra habitación.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, día 24 de setiembre, nos reunimos a la hora de costumbre en el comedor para desayunar.

Antes de bajar, había intentado quitarme la señal del golpe, sin demasiado éxito. Young lo vio e inmediatamente empezó a dirigirme pullas acerca del asunto.

—Me di anoche contra una puerta —contesté virtuosamente.

—¿De quién era la puerta? —La pregunta de Young estaba cargada de dinamita.

—Hay muchas en el «Manor», ¿no cree?

—¡Asqueroso té! —dijo de repente la señora Sharr—. ¿No podían darnos café, como a todo cristiano?

—Colombe, repórtate —le dijo su marido.

—Si la señora desea café, puedo traérselo al momento.

—¡Jiiii…!

El chillido de la señora Sharr nos sobresaltó a todos. Mi mano dejó escapar la taza de té, la cual cayó contra el plato, rompiéndose en mil pedazos y manchándome los pantalones.

Me puse en pie en el acto, limpiándome con la servilleta, en tanto miraba al ama de llaves que había aparecido en silencio, sin que nadie nos hubiéramos percatado de su presencia, hasta escuchar su voz. Esto había sido lo que provocó el chillido de susto de la cervecera.

Young meneó la cabeza. Movió los labios y aunque sus palabras no resultaron audibles, por el mismo movimiento pude entender lo que decía. «Gorda chiflada, ¿cuándo te ahorcarán?».

—¿Y el señor Ward? —preguntó la Potts de pronto.

Miré en torno mío. Era cierto, faltaba el ornitólogo.

—Ayer, al acostarse, le oí decir algo de que esta mañana saldría pronto para cazar pájaros.

Era Morrissey el que había hablado.

Young dijo:

—A ver si pesca una paloma mensajera y de este modo podemos avisar a la policía. Esos sabios, todos están tocados de la sesera.

—Bueno, ya vendrá, no te preocupes —dijo negligentemente Zenaide Potts.

Lea Madden entró con una bandeja sobre la cual se veía servicio de café. Empezó a servir a la señora Sharr.

Hice que me pusiera a mí una taza. Francamente, necesitaba algo más fuerte que el té.

Mientras el líquido caía en la taza, dije:

—Señoras, señores, me parece que vamos a vernos obligados a tomar una determinación. Pero antes, quiero hacer una pregunta a la señora Madden.

La interesada me miró con curiosidad.

—Estoy a su disposición, señor Scott.

Su tono era apacible, perfectamente normal.

—¿De qué modo nos proporcionan aquí la luz?

—Hay un generador de gasolina en la parte de atrás del garaje.

—¿Sabe usted manejarlo?

—Sí, es sencillo. Me lo enseñó Dodds, el mozo.

—¿Cómo funciona? ¿Tiene la bondad de explicármelo?

—Por la mañana lo pongo en marcha, apenas me levanto. Además, disponemos de una potente batería que se carga durante el día con el remanente de energía y que sirve para la luz de la noche, ya que lo desconecto al acostarme.

—Muy bien —dije, fingiendo no advertir las miradas de curiosidad que me dirigían todos—. ¿Cómo conserva los alimentos en el «Manor», señora Madden?

—En la cámara frigorífica, por supuesto. La mandó instalar *lady* Kenzie hace ya muchos años.

—¿Es grande esa cámara, señora Madden?

—¡Oiga! —barbotó el escocés—, ¡no irá a meter ahí a alguno de nosotros! ¿Verdad?

Le miré fijamente.

—Espero que no, en cuanto a los presentes se refiere —dije fríamente.

Hubo una pausa. Natty se puso muy pálida.

—Será preciso sacar todos los alimentos —dije lentamente.

—¿Qué… ¡glub…! qué es lo que quiere insinuar usted? —preguntó el cervecero.

—Sencillamente —contesté—, que el cadáver de la señorita Speidel está arriba, que estamos a veinticuatro de setiembre y que faltan aún cuatro días para la llegada del señor Osborne. Por tanto, es preciso guardar allí el cadáver, para evitar su corrupción.

El café que tenía la señora Sharr en la boca salió proyectado de pronto.

—¡Markie! —chilló, frenética—. ¡Sácame de aquí, pronto! ¡Si no lo haces, creo que me volveré loca antes de dos días!

Y empezó a patalear, al mismo tiempo que sacudía la mesa de tal forma, que creí iba a volcarla.

Prodújose entonces una escena de confusión. Sharr intentó atenderla, pero ella le rechazó de un empujón tan fuerte que el cervecero cayó de espaldas al suelo, con las piernas por alto.

Morrissey se levantó, yendo hacia la Sharr. Ésta se calmó en el acto. Por lo visto, recordaba el puñetazo que el *docker* le propinara días antes.

Cuando Morrissey vio que había cortado en flor el ataque de histerismo de la señora Sharr con su sola presencia, volvió la vista hacia mí.

—Tiene usted razón, señor Scott. Hemos de guardar allí el cuerpo de la señorita Speidel. Es el único sitio, ya que no podemos enterrarla en tanto no haya sido examinada por la autoridad competente.

Miró en torno suyo.

—Si ustedes quieren, yo me encargaré de ello.

El asentimiento, aunque silencioso, fue general.

Más tarde, me dispuse a salir. Natty se me acercó.

—¿A dónde va usted, Ned?

—De exploración.

—¿Puedo acompañarle?

—Por supuesto y encantado, además. Pero antes, si no le importa, quiero echar un vistazo a la frigorífica.

—Iré con usted —dijo, suspirando hondamente.

Atravesamos el amplio vestíbulo y pasamos a la cocina del «Manor», en la cual se disponía de todos los adelantos, aunque muchos de ellos databan de diez y doce años antes. En uno de los

lados había una gran campana de chimenea, capaz de albergar a una ternera en el fuego.

La cámara frigorífica estaba empotrada en la pared. Morrissey ya estaba trabajando en ella, ayudado por la señora Madden.

—¿Me permiten? —dije.

Asomé la cabeza por la puerta. Luego me retiré.

—Muchas gracias.

Me volví hacia Natty.

—¿Vamos?

Ella accedió. Cuando cruzábamos el vestíbulo, alguien nos llamó con un siseo.

—¡Psch!…

Volvimos el rostro. La mofletuda faz de la señora Sharr asomaba por la puerta de la biblioteca.

—Eh, ustedes, vengan…

Natty y yo acudimos, espoleados por la curiosidad. La cervecera abrió la puerta sólo lo justo para que pudiéramos pasar y luego cerró a espaldas nuestras.

Su marido estaba sentado en un rincón, fumando con aire evidentemente inquieto y desasosegado. Nos miró aprensivamente, pero no dijo nada.

—Ya sé quién es el asesino —musitó la gorda con aire de conspiradora.

—¿De veras? —dije, con toda la amabilidad de que fui capaz.

—Sí. El ama de llaves.

—Como en las novelas, ¿verdad?

El sarcástico comentario me brotó de los labios de manera casi involuntaria. Colombe Sharr me arrojó una mirada furibunda.

—Así es, señor Scott, pese a su escepticismo.

—Bien, conforme. Explíquese, se lo ruego.

—Escuche. Anoche, serían las once, más o menos, cuando sentí… bueno, aquí las comidas son excelentes, aunque insípidas. Tenía ganas de tomar algo sabroso; así que me puse la bata y bajé a la cocina. Encontré unos bocadillos y empecé a comer. Al terminar, decidí regresar a mi cuarto. Entonces…

La señora Sharr miró a un lado y a otro, como si temiera ser oída. Bajó tanto la voz que Natty y yo tuvimos que acercamos a ella más todavía para poder escucharla.

—La habitación de la señora Madden está al fondo de ese pequeño pasillo que hay para llegar a la cocina. Al cruzar por allí, oí rumor de voces. Soy muy curiosa, no lo puedo evitar. Me acerqué y…

La papada de la cervecera se agitó espasmódicamente.

—No pude comprender lo que decían allí. Pero en cambio, sí pude oír un nombre de persona con toda claridad.

—¿Está segura de ello, señora Sharr? —inquirí.

—Por completo —contestó ella, haciendo un gesto de superioridad—. El nombre que oí es… —hizo una pausa para aumentar el énfasis de su revelación y exclamó—: ¡Dodds!

—¡Dodds! —repetí, asombrado.

—El mismo, señor Scott.

Pero casi en el acto, mi espíritu observador se sobrepuso.

—¿Oyó la voz de Dodds?

—¡No!

La negación fue rotunda, tajante, brotada de un modo completamente natural y sin coacción alguna.

—Entonces —alegué—, es que la señora Madden estaba soñando.

Por un momento, la gorda cervecera se quedó sin habla.

Luego, inclinando hacia adelante su voluminoso busto, dijo agresivamente:

—¿Y los anónimos? ¿Qué me dice usted de ellos? Están escritos como los escribiría un mozo de cuadra, llenos de faltas de ortografía y sin la necesaria sintaxis. ¿No prueba eso la existencia de Dodds en el «Manor» y la complicidad del ama de llaves, puesto que lo oculta?

Me froté la mandíbula.

—Bueno, pudiera ser. —Pensé que había demasiadas faltas de ortografía en aquellos anónimos para que fueran genuinos, pero preferí callármelo. Acerqué mi boca a su oreja y susurré—: Oiga, tengo una idea: ¿Por qué no se dedican usted y su marido a buscar a Dodds por todos los rincones de la casa? Pero no se lo digan a la señora Madden; podrían hacerla entrar en sospechas.

Los ojos de la señora Sharr se iluminaron de repente.

—¡Es una buena idea, señor Scott! Y la vamos a poner en práctica inmediatamente. —Se volvió hacia su manso esposo—:

¿Vamos, Markie?

Salieron delante de nosotros con todo el aire de unos conspiradores. A pesar del apuro en que nos encontrábamos, Natty y yo no pudimos por menos de mirarnos y echarnos a reír cuando estuvimos seguros de no ser vistos por aquella original pareja.

—Bien —dije un minuto después—. ¿Ahora nos toca a nosotros?

—¿A dónde vamos?

—No sea curiosa, encantadora personilla. Ya lo verá cuando lleguemos.

Salimos del «Manor» y echamos a andar en dirección sudoeste. Recorrimos aquellos páramos desolados, barridos por los vientos del otoño, y remontamos la hilera de colinas que ocultaban la vista del mar. Éste se nos apareció media hora más tarde, oscuro, sombrío, amenazador, rugiendo sordamente al batir incesantemente los acantilados.

De aquí a la orilla el suelo hacía pendiente, no muy pronunciada, sin embargo. Recorrimos aquel tramo en diez minutos y finalmente llegamos al borde del acantilado.

El viento trajo hasta nosotros olor a yodo y sales marinas, junto con minúsculas e imperceptibles gotas de agua finamente pulverizadas. A nuestros pies, a cincuenta metros de distancia en vertical, el mar prodigaba incesantemente sus asaltos contra las rocas, golpeando las olas con feroces embates los acantilados y deshaciéndose en grises espumas, alguna de cuyas crestas alcanzaba alturas verdaderamente exorbitantes. Si aquello era con un ligero vientecillo otoñal, ¿qué no sería cuando los vendavales del invierno se desencadenasen en todo su furor?

La costa de Cornualles se nos mostró en toda su salvaje grandiosidad, haciéndonos enmudecer por irnos minutos, mientras respirábamos la brisa salobre a pleno pulmón. Era un espectáculo incomparable, pero sólo para ser contemplado de modo esporádico, nunca continúo. Impresionaba, pero deprimía.

Al otro lado, a veinticinco metros, la otra orilla del barranco.

Y nosotros, en ésta, sin posibilidad alguna de franquear aquella insalvable barrera.

Las aguas del mar cubrían el lecho de aquel tremendo foso natural. Pero aun hallándose enjuto, nos hubiera sido imposible cruzarlo sin disponer de los medios necesarios para ello… y aun así,

se habría necesitado una buena dosis de valor para emprender el descenso, sin conocimientos de alpinismo, por aquellas abruptas laderas. Yo lo hubiera hecho por deber, pero nunca por propia voluntad.

—Estamos tan aislados como si nos encontrásemos en una isla desierta —comentó Natty apagadamente.

No contesté. Mi cerebro trabajaba activamente, más que en buscar el modo de salir de allí, en encontrar al asesino. Pero por más esfuerzos que hacía, no lograba encontrar una razón plausible para poder enfocar sobre uno de mis coherederos las sospechas conducentes al esclarecimiento del caso. Todos podían haber sido, incluso yo, no hay por qué negarlo.

¿Morrissey?

¿La muchacha que tenía al lado?

¿Los Sharr?

¿Young, el aristócrata escocés, probablemente arruinado a pesar de su fachendoso «Alfa Romeo»?

¿Zenaide Potts, la alegre divorciada?

En esta lista faltaba una persona: yo.

Pero ¿por qué descartar al ama de llaves?

¿Y por qué incluirla?

¿Y qué beneficios obtendría ella de aquellas muertes, si no estaba incluida en el testamento?

Pegué una patada en el suelo, furioso por no hallar ninguna solución.

Como si mi gesto hubiera tenido algo de mágico, en aquel mismo momento, una nubecilla de tierra brotó del suelo.

—¿Qué es eso, Ned? —preguntó Natty, justo en el momento en que se oía el eco de un disparo de anua de fuego.

CAPÍTULO IX

Agarré el brazo de la muchacha y la empujé con fuerza, en el momento en que el disparo se repetía.

Caímos al suelo. La bala silbó ominosamente por encima de nosotros.

—¡Ned! —exclamó Natty.

—Retroceda, pronto —ordenó, deslizándome hacia atrás a toda prisa.

Una tercera bala se clavó delante de nuestros rostros, enviándonos a los ojos una nube de tierra y polvo. Natty no pudo evitar un chillido de susto.

El tirador se encontraba a unos cincuenta metros de nosotros, escondido en uno de los repliegues del barranco, cuya línea general con respecto a nuestra situación en el terreno era diagonal. El asesino estaba completamente a cubierto, en tanto que Natty y yo no disponíamos de una sola mala piedra para cubrirnos.

Sólo había un sitio donde ocultamos: el acantilado.

Se lo dije a la muchacha y el temor asomó a sus lindos ojos.

—Nos mataremos, Ned —murmuró.

Una bala agujereó la parte alta de su suéter.

—Hay una probabilidad entre cien y tenemos que aprovecharla o de lo contrario, ese tipo nos freirá a tiros. ¡Vamos!

Mientras contemplábamos la costa, habíamos estado situados a una prudente distancia del borde. Ahora teníamos los pies fuera, sobre el vacío, y bajo nosotros las olas espumeaban de continuo. Era preciso actuar y hacerlo con rapidez, si no queríamos perecer acribillados a tiros. La puntería del individuo no parecía muy buena, pero si tenía ocasión de corregir su tiro, nosotros perderíamos la única que teníamos de salvarnos.

Unos segundos más tarde nos hallábamos colgados del abismo por las manos. Afortunadamente, había algunos pequeños salientes

en los que pudimos apoyar los pies para descansar nuestras manos de la tensión a que estaban sometidas al sostener el peso íntegro de nuestro cuerpo.

Natty volvió la cabeza.

—¡No mire hacia abajo! —exclamé perentoriamente.

Pero aquel breve segundo había bastado para que su rostro adquiriera la blancura de la nieve.

—¡Red! —dijo angustiada.

—Cierre los ojos. Inspire con fuerza.

Ella asintió, obedeciendo en el acto. Pareció reponerse un poco.

Entonces, libre momentáneamente de cuidados, solté una mano y busqué en mi bolsillo la pistola, Asomé sigilosamente la cabeza.

El asesino debía estar esperando mi gesto, porque casi de inmediato me saludó con una salva de tiros, que se clavaron en la tierra que tenía delante de mis narices o pasaron rozando mi cabellera. Me escondí todo lo aprisa que pude y miré a Natty.

—Estamos acorralados —dije. No era conveniente ocultarle la verdad.

—Acabará por irse —contestó ella.

—¡Hum!

Volví a sacar la cabeza. El tipo estaba allí y parecía disponer de una cantidad inagotable de municiones. Volvió a tirotearme a conciencia, como indicando sus intenciones de no marcharse de allí hasta haber acabado conmigo.

Y con Natty, porque, naturalmente, no dejaría vivo un testigo que pudiera comprometerle más tarde.

—Es preciso hacer algo —dijo ella, muy inquieta.

—¡Cálmese! No se ponga nerviosa o lo pasaremos peor. Déjeme pensar; algún modo habrá de salir de aquí.

—Pero es que ese hombre quiere asesinarnos.

—¡Noticia fresca! Y nosotros no queremos que nos mate; eso es todo.

Volví a mirar. Esta vez, el tipo no disparó contra mí. Debía estar cargando el arma, cosa que comprobó treinta segundos más tarde, cuando vi asomar la silueta de su cabeza y parte de los hombros.

Pero ahora yo tenía las cartas en mi mano. Hice fuego un par de veces, obligándole a esconderse. Sin embargo, la distancia era excesiva para una buena puntería. ¿Por qué se había puesto a tirar

de tan lejos? me pregunté.

En aquel momento, Natty emitió un grito:

—¡Ned!

Me volví, justo a tiempo para agarrarla por el brazo izquierdo que ella había tendido instintivamente, al fallarle el apoyo de los pies.

Varias rocas de pequeño tamaño cayeron abajo, saltando y rebotando con secos choques, hasta desaparecer en el espumeante oleaje. La frente se me cubrió instantáneamente de sudor.

Los ojos de Natty me miraron suplicantemente. Pendía en el vacío por completo, sostenida únicamente por mi mano, cuyos dedos se habían cerrado con fuerza en torno a su muñeca.

—No se mueva —susurré—. No haga el menor esfuerzo o pereceremos los dos. Por ahora no corre peligro. Relaje los músculos; yo la izaré a pulso. —Fue a decir algo, pero se lo prohibí —: No hable tampoco.

Parpadeó, en señal de asentimiento. Mientras tanto, yo maldecía de nuestra apurada situación.

La pistola se había ido al diablo al soltarla instintivamente para agarrar el brazo que ella me había tendido en el momento de la caída, cuando sintió que los salientes en que se apoyaba cedían. Mi gesto no había podido ser más oportuno… pero estábamos desarmados y a merced del asesino. Si éste acudía a rematamos…

Por encima de los hombros de la muchacha vi el mar, batiendo con ímpetu salvaje las rocas de la base. No sólo nos mataríamos en aquella caída de más de cincuenta metros, sino que las olas acabarían de destrozar nuestros cuerpos al lanzarlos una y otra vez contra las rocas. El plan del asesino, pues, no podía ser más perfecto.

La mano derecha de Natty se movió, buscando un asidero.

—¡Quieta!

Ella suspendió el gesto.

—No se mueva —dije—. Voy a tirar hacia arriba. Deje si cuerpo lacio, como si careciera de fuerzas.



Voy a tirar hacia arriba

—Sí —murmuró. Sus labios aparecían exangües.

Empecé a tirar lentamente. Claro que tenía los pies apoyados en un saliente, pero no convenía confiar demasiado en éste. Ahora no sólo era mi peso el que resistía sino el de la muchacha, en total, unos ciento cuarenta kilos. ¿Resistiría?

Poco a poco, con desesperante lentitud, fui izando el cuerpo de Natty hasta que su mano pudo alcanzar el borde del acantilado. Entonces ella, con un gesto inesperado, salió fuera de un salto, tendiéndose de pecho sobre la hierba.

—¡Venga acá, criatura! —bramé.

Ella golpeó el suelo con los puños, sollozando histéricamente.

—¡No! ¡No quiero volver ahí! ¡Prefiero que me maten a tiros! ¡Que disparen contra mí si quieren! ¡Pero no volveré ahí, se lo juro!

Me mordí los labios, sumamente indeciso. ¿Qué hacer?

Natty tenía razón, bien mirado. El rato que acababa de pasar no era para deseárselo al peor enemigo. A pesar del fresquecillo reinante, aún tenía la frente cubierta de sudor y todo mi cuerpo temblaba ligeramente como consecuencia de la reacción contraria al momento tan peligroso por el que acabábamos de pasar.

De repente observé una cosa.

Los disparos no se habían repetido.

Ya había asomado la mitad superior del busto, incluida, naturalmente, la cabeza, y Natty estaba fuera por completo. Era una situación ideal para el asesino… ¿Por qué no había vuelto a tirar?

Me arriesgué a salir y lo hice, inclinándome luego para ayudar a Natty a ponerse en pie.

La muchacha sollozó, colgada de mi cuello. Dejé que se desahogase y luego traté de calmarla.

Le di mi pañuelo. Ella se limpió las lágrimas y luego se sonó la nariz. Hizo un esfuerzo por sonreír.

—Dispénseme —murmuró—. Me he portado como una tonta.

—Es lo que hubiera hecho cualquiera otra mujer de hallarse en su sitio. No se preocupe, Natty.

—Usted es bueno, Ned —suspiró ella entrecortadamente.

—Gracias por el concepto que tiene de mí. ¿De dónde ha sacado esa idea?

—En mi profesión —sus mejillas se cubrieron levemente de un leve rubor—, hay que aprender, a la fuerza, un poco de sicología.

—Comprendo —dije. Acto seguido, añadí—: Vamos, hemos de regresar al «Manor».

—¿Y si el asesino tira contra nosotros, Ned?

Me encogí de hombros.

—Sería un caso de mala suerte, Natty. Perdí la pistola… pero no

a usted.

Ella sonrió deliciosamente. Oprimió mi mano con gesto afectuoso.

—Gracias, Ned.

Echamos a andar. Pero en lugar de dirigimos rectamente hacia el «Manor», quise investigar el lugar desde el cual había disparado el asesino.

Nos acercamos al borde del barranco, viendo que a metro y medio de éste empezaba como una especie de cornisa de pie y medio de anchura, la cual, muy irregularmente, se prolongaba hasta casi perderse de vista. En aquel sitio divisé varias cápsulas gastadas, las cuales recogí cuidadosamente, comprobando que pertenecían a un arma de fuego de calibre 38.

Hice bailar pensativamente las cápsulas en la palma de la mano, en tanto que Natty me miraba con curiosidad. Pero no quise decir nada y acabé por guardar los cartuchos vacíos en el bolsillo.

—Volvamos —dije.

Durante un buen rato, caminamos en silencio, siempre por el borde del barranco, hasta llegar a la base de las colinas, que era donde concluía aquella cornisa. Comprendí que no hubiéramos visto al asesino ni percibido su presencia hasta que escuchamos el primer disparo.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó Natty.

—No —contesté sombríamente. Y era verdad.

Cerca ya del «Manor» se me ocurrió hacerle una pregunta.

—Usted no tiene aspecto de serlo, Natty —dije—. ¿Por qué escogió esa profesión?

Ella se encogió de hombros con un gesto de cansancio.

—En un principio creí que podría llegar a destacar. Tenía, tengo, tipo, rostro lindo, voz agradable… pero ¡hay tantas como yo! —Suspiró y el tejido del *sweater se distendió suavemente—. Esta herencia me permitía dejar el oficio.*

—¿Qué hará entonces?

—Tengo varios proyectos en estudio. Montar una *bou*-tique me gustaría mucho. Añadiría una sección de perfumería, otra de ropa interior, de señora, en fin, usted puede imaginarse lo que sería mi establecimiento.

—Es un negocio muy adecuado para usted, Natty. Y

francamente, le deseo el mayor de los éxitos.

—Gracias —dijo ella. Su rostro se nubló repentinamente—. Con permiso del asesino, por supuesto.

—Se lo pediré yo, en su nombre —traté de bromear. Pero ella no tenía fuerzas para sonreír.

Momentos después llegábamos al «Manor». Teníamos las ropas sucias, pero antes de cambiarnos estimé que una taza de café nos confortaría notablemente. Natty concordó conmigo y, sin más, nos dirigimos a la cocina, donde Lea estaba preparando lo necesario para el *lunch* del mediodía. Le expresamos nuestros deseos y el ama de llaves se apresuró a complacernos.

Mientras tornábamos el café, se me ocurrió una idea.

—¿Señora Madden?

—Sí, señor Scott.

—Perdone la pregunta —dije—. Quizá pueda parecerle indiscreto, pero ¿sueña usted en voz alta por las noches?

Los negros ojos de Lea Madden me miraron fijamente durante unos segundos. El silencio se hizo absoluto, hasta que lo rompió el súbito tintineo de una cucharilla contra un platillo de café.

—En ocasiones, supongo.

—¿Sólo lo supone?

—Fui casada en tiempos —dijo—. Mi marido solía quejarse, a veces, de que lo despertaba con mis gritos.

—Y ahora, claro, no tiene a nadie que pueda decirle si sueña o no en voz alta.

—Claro, señor Scott.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Estoy aquí a su completa disposición, señor. —La impasibilidad de la señora Madden era absoluta.

—¿Conoció usted íntimamente a la difunta *lady* Kenzie?

—Por supuesto, señor Scott. Fui su ama de llaves durante muchísimos años.

—¿Cuántos? ¿Puede recordarlo?

Natty me miraba con innegable curiosidad.

—Quince, aproximadamente.

—¿Y antes?

—Antes; ¿qué es lo que quiere decir usted, señor Scott?

—Perdón, no he sabido expresar bien la pregunta. Antes de ser

ama de llaves de *lady* Kenzie, ¿prestó servicios como doncella o trabajó en otra casa?

—Mi marido murió en un bombardeo alemán. Entonces tuve que buscar un empleo y encontré éste. Al poco tiempo, *lady* Kenzie me honró con el cargo de confianza.

—En poco tiempo, es evidente que usted hizo innegables progresos, señora Madden.

—*Lady* Kenzie debió estimar que yo era la persona indicada para ser su ama de llaves.

—Gracias, señora Madden. Ha sido usted muy amable contestando a mis preguntas.

—Las gracias a usted, señor Scott.

Terminé el café y dejé que ella recomerá la taza y el platillo. Estaba ya a punto de retirarme, cuando se me ocurrió aún otra pregunta.

—¿Ha visto al señor Ward?

—No, señor.

—¿En todo el día?

—En efecto, señor.

—¿Y no le ha extrañado a usted que no haya pedido el desayuno?

—Se lo he subido a su habitación, en vista de que no bajaba, señor Scott.

—Eso es todo. Muchas gracias otra vez.

Salimos de la cocina. Al llegar al vestíbulo, Natty se encaró conmigo.

—¿Acaso sospecha usted del ama de llaves, Ned?

—Pues…

Algo me interrumpió: un atronador chillido.

Natty y yo volvimos la vista hacia el lugar donde había partido el grito. La muchacha palideció.

El alarido se repitió.

Antes de que pudiéramos dar un solo paso, la voluminosa figura de la señora Sharr apareció en lo alto de la escalera. La cervecera chillaba a pleno pulmón, emitiendo frases que no acabábamos de comprender del todo.

Se dirigió hacia la escalera, pero en su precipitación, no supo asentar bien el pie y perdió el equilibrio. Empezó a rodar

aparatosamente, perneando de un modo realmente escandaloso, mientras su grueso cuerpo saltaba y botaba de escalón en escalón. Antes de llegar al último peldaño, se oyó un siniestro chasquido.

La señora Sharr llegó finalmente al suelo del vestíbulo. Pero ya no gritó más.

Ni tampoco se movió. Se había desnucado al caer.

Después de los ruidos tan atronadores, un denso silencio, preñado de siniestros presagios se extendió por el «Manor».

CAPÍTULO X

Una ráfaga de viento, silbando repentinamente, emitió un agudo lamento. Natty y yo corrimos a la vez hacia la caída, arrodillándonos a su lado.

Se oyeron voces.

—¿Qué pasa?

—¿Qué es ese escándalo?

—¿Quién ha sido el que gritaba?

Zenaide, Young y Morrissey acudieron al instante. Contemplaron a la muerta con horrorizada estupefacción.

Tomé la muñeca de Colombe Sharr. Todavía se percibía un débil latido.

Pero no me hice ilusiones. La grotesca postura del cuello indicaba claramente la fractura de vértebras que había sufrido. En casos así, el corazón sigue latiendo todavía algunos minutos, aun cuando el individuo esté prácticamente muerto, ya que dicha víscera no ha sufrido una lesión directa que haya cortado en seco sus movimientos.

Por encima de mi cabeza sonó la voz de Natty que explicaba lo sucedido.

—¿Y el señor Sharr? —preguntó Morrissey de pronto.

Sonó un gemido.

Levanté la vista. El cervecero estaba en lo alto de la escalera.

—¡Colombe! —sollozó patéticamente.

Las lágrimas abrillantaban su rostro. Empezó a descender la escalera, agarrándose al pasamano. Al llegar abajo, miró un momento el cuerpo de su esposa muerta, y luego cayó de rodillas a su lado, ocultándose la cara con ambas manos.

Era una escena de hondo dramatismo. Marcus Sharr podría haber sido zarandeado e incluso vilipendiado por su esposa, pero por encima de todo, la había amado. Y lo estaba demostrando con

su dolor, sincero, sin excesos aparatosos, pero verídico y profundo.

Natty se mordió los labios para no llorar. La Potts respiraba afanosamente. Young encendió un pitillo con mano temblorosa.

De pronto, Morrissey formuló una pregunta:

—¿Qué es lo que espantó a la señora Sharr? ¿Por qué corría y gritaba tanto?

Confieso que me había olvidado de aquel detalle. Antes de que pudiera hacer nada, el *docker* echó a correr escaleras arriba.

Un minuto después se asomaba por la esquina del corredor.

—¡Señor Scott, haga el favor de subir! ¡Usted también, señor Young! ¡Las mujeres no!

El escocés y yo trepamos las escaleras en cuatro saltos. Seguimos a Morrissey, el cual nos condujo a la habitación del ornitólogo. Abrió la puerta con ademán teatral y se echó a un lado para que pudiéramos pasar.

Entonces comprendí los motivos por los cuales había gritado y echado a correr la infeliz señora Sharr.

Sidney Ward pendía de una cuerda que le rodeaba el cuello, cuyo extremo superior estaba atado a una gran viga que cruzaba la estancia en sentido transversal. Los ojos del cadáver estaban desmesuradamente abiertos y la lengua, ya negra, asomaba por unos labios oscuros, de repelente aspecto.

Una de sus manos estaba alzada, agarrándose inútilmente al lazo que le había estrangulado. El miembro se le había enfriado en aquella posición, con cuyo gesto había pretendido en vano librarse de aquel círculo mortal que le había quitado la vida.

Durante unos momentos permanecimos en silencio; no teníamos fuerzas siquiera para hablar. La estupefacción nos había dejado aturdidos.

De pronto, recordé una cosa. El ama de llaves había servido el desayuno a Ward. Al menos, eso era lo que había dicho. ¿Cómo no había visto, pues, el cadáver?

—No se muevan —dije. Salí de la estancia y me asomé a la escalera. Alcé la voz—: Hagan el favor de decir a la señora Madden que suba inmediatamente.

Volví a la habitación de Ward. Hice que Young y Morrissey salieran fuera.

—Esperen un momento.

Lea Madden subió minutos después. Me enfrenté con ella.

—Señora Madden, antes dijo usted que esta mañana había subido el desayuno al señor Ward.

—Así es, señor —contestó ella apaciblemente.

—¿Le vio usted al llevarle el desayuno?

—No, señor. Supuse que estaría en el baño, por lo que me limité a dejárselo sobre una mesa.

—Eso quiere decir que penetró en la estancia.

—Efectivamente, señor Scott.

—¿Y después? Quiero decir, en el momento de recogerlo. ¿Lo vio entonces?

—Sí, señor.

—¿Está segura de ello?

—Bien, al menos creo que era él, señor Scott.

—Explíquese, se lo ruego. Cree que era el señor Ward. Pero no está segura.

Young y Morrissey escuchaban atentamente mi interrogatorio.

—Por las trazas me pareció él. Y no tenía motivo para dudar que fuera otra persona.

—Sus respuestas pecan de inconcretas, señora Madden. Le ruego que hable con mayor claridad.

—Está bien —dijo el ama de llaves—. Cuando calculé, más o menos, que el señor Ward habría terminado su desayuno, subí a recoger el servicio. Llamé a la puerta y me anuncié. Desde dentro me dijeron que esperara un momento. Así lo hice. Al cabo de un minuto, más o menos, la puerta se abrió.

—¿Quién la abrió?

—El señor Ward.

—¿Le vio usted la cara?

—No, señor.

—¿Cómo sabe, pues, que era el señor Ward?

—Bueno, salió un brazo que sostenía la bandeja. Tomé ésta y me retiré sin más averiguaciones.

—La voz del señor Ward era inconfundible. Un poco chillona. ¿Le oyó usted?

—Sí, cuando llamé.

—¿Era su voz?

—Creo que sí.

—Pero no puede afirmarlo.

—Posiblemente, no. Me pareció que era su voz. No tenía motivos para dudarlo. ¿Sugiere usted que era la de otra persona?

—Sí. Era la voz del asesino la que usted oyó, señora Madden.

—¿El asesino?

—Sí. El hombre que mató a la señorita Speidel y que ha matado ahora al señor Ward.

Abrí la puerta de golpe. El cuerpo del ahorcado se ofreció bruscamente a la vista del ama de llaves.

Lea Madden palideció y sus ojos se agrandaron, pero no emitió el menor sonido. Sin embargo, pude ver que sus dedos se crispaban convulsivamente sobre la falda de su vestido.

Cerré la puerta de nuevo. Lea inspiró profundamente.

—Usted dejó el desayuno —dije— y se marchó. Luego, el señor Ward regreso del baño. El asesino debía estar acechando su oportunidad. Le atacó, lo mismo que a la señorita Speidel, y le colgó de la lámpara. En cometer su delito tardó algún tiempo. Entonces vino usted a recoger el servicio. Contestó, imitando la voz del muerto y luego, para no despertar sospechas, le entregó el servicio a través de la puerta, pero cuidando de no dejar ver su rostro. Después, cuando estuvo seguro de que no sería visto, se marchó.

—¿Por dónde? —preguntó Young.

Miré en torno mío. En el lado oeste del corredor había una ventana. Estaba abierta.

—Mire a ver si hay allí una escalera apoyada contra la pared, señor Young.

El escocés hizo lo que le decía. Luego se volvió y desde aquel punto, exclamó:

—Sí, la escalera está aquí, señor Scott.

—Esto es todo. Muchas gracias, señora Madden.

El ama de llaves se retiró. Entonces nos quedamos los tres.

—Bueno —resopló Morrissey—, henos aquí con dos cadáveres más.

—Uno de ellos es consecuencia de un accidente —dije.

—Sí, pero ¿a qué había venido la señora Sharr al cuarto de Ward? —preguntó Young.

Recordando la conversación de aquella mañana, no me quedó la

menor duda de que la infeliz mujer se había tomado muy en serio su labor de investigadora. Pero no había contado con que para ciertos trabajos es preciso tener unos nervios a prueba de bomba y los suyos fallaron al abrir la puerta y enfrentarse con el espectáculo de un hombre ahorcado.

Sin embargo, no quise manifestar nada al respecto.

Dije:

—Tendremos que preguntárselo al marido.

Morrissey asintió.

—¿Hemos de utilizar nuevamente la cámara frigorífica? —preguntó.

El silencio que siguió fue más elocuente que todas las respuestas.

Volvimos abajo. Sharr se había sentado en uno de los escalones y estaba profundamente abatido.

Le toqué con la mano en el hombro.

—¿Señor Sharr?

El hombre alzó la cabeza. Su mirada era vacua, desprovista de expresión.

—Tendrá que dispensarnos —murmuré—. Hemos de llevar a su esposa…

—Ahora no, ahora no —protestó vivamente—. Más tarde. —Y, de repente, se echó a llorar de nuevo.

Miré a las dos mujeres. Hice un signo de inteligencia que comprendieron al momento.

Natty y Zenaide se acercaron al cervecero, procurando consolarle. Mientras tanto, comprendiendo los sentimientos del pobre hombre, subimos el cuerpo de su esposa a la habitación, depositándolo sobre el lecho.

Las hercúleas fuerzas de Morrissey nos sirvieron de mucho en aquella ocasión. Luego, el gigante, dijo:

—Tendremos que descolgar a Ward.

Asentí con la cabeza. En silencio, nos dirigimos hacia el cuarto del ornitólogo.

Éste pesaba poco. Morrissey lo cargó fácilmente en sus brazos y después emprendimos el camino hacia la frigorífica.

Por la noche nos reunimos en el comedor. Sharr estaba con nosotros y apenas probó bocado. Continuaba su decaimiento y aún me pareció que se acentuaba.

Natty fue la última en bajar. Tardó un poco más de lo acostumbrado y me extrañó verla muy pálida de rostro.

—Yo también he recibido un mensaje —murmuró con voz ahogada.

Me tendió un papel análogo a los que ya habíamos visto. El contenido era parecido.

> LA ERENCIA SIGUE HAUMENTANDO. HAORA A DE REPARTIRSE ENTRE SEIZ. ¿HA QUANTO TOKA?

CAPÍTULO XI

Acompañé a Natty hasta la puerta de su habitación.

—Ciérrese con doble llave y cierre también la ventana. No abra a nadie si no soy yo en persona, ¿estamos?

Ella parpadeó en señal de aquiescencia.

—Lo haré, Ned.

Oprimí suavemente su mano. Aunque estaba fría, la encontré llena de vida. Ella sonrió. Luego nos separamos.

Acto seguido volví a mi habitación. Estuve en ella, fumando incansablemente durante un buen rato, hasta que creí oportuno poder salir sin ser visto.

Antes de hacerlo, sin embargo, se me ocurrió asomarme por la ventana para explorar el terreno. La noche era oscura, pero de vez en cuando, un rasgón entre las nubes permitía el paso de la luz lunar.

En un claro de éstos vi una pareja a corta distancia. De momento, me costó identificar a sus componentes. Luego pude averiguar quiénes eran.

La silueta del hombre era inconfundible. Los poderosos hombros del *docker* no engañarían al más lerdo. En cuanto a ella…

Discutían vehementemente. La mujer, sobre todo, accionaba con frecuencia. Morrissey denegaba con la cabeza de modo casi continuo.

De pronto, ella le echó los brazos al cuello, con gesto lleno de pasión. Pero el *docker* la rechazó contundentemente. Las manos de la mujer pendieron lacias a sus costados.

Ella hizo aún una pregunta. Morrissey meneó la cabeza con fuerza y se retiró con paso vivo a la casa.

La mujer permaneció todavía unos minutos en el mismo lugar, como agobiada bajo la pesadumbre de su fracaso amoroso. Luego, suspirando profundamente, se dirigió a la casa. Un rayo de luz

iluminó entonces su rostro.

Respiré con fuerza. Era Zenaida Potts. Mi alivio resultó evidente.

Me sentí contentísimo de que no fuera Natty Gale. ¿Estaba enamorándome de la corista?

Pero estos sentimientos fueron substituidos bien pronto por otros de insaciable curiosidad. ¿Qué habían discutido el *docker* y la divorciada? ¿De qué habían hablado? ¿Por qué había rechazado Morrissey tan contundentemente las amorosas efusiones de la pelirroja?

Tuve que esperar un buen rato a que los dos se hubieran acostado. Después, cuando todo estuvo en silencio, me deslicé sigilosamente fuera de la casa y me encaminé hacia los acantilados.

Permanecí allí hasta la madrugada, regresando al «Manor» poco antes de que amaneciera, con una íntima sensación de amargura ante el fracaso de mi idea. Me acosté, quedándome dormido casi en el acto.

Bajé al comedor bastante tarde. Lea me trajo el desayuno. Los otros me miraron con curiosidad, como preguntándome por les razones de mi tardanza.

—Me costó bastante conciliar el sueño —alegué— y luego me dormí profundamente.

Natty me miró, dándose cuenta de que mentía. Pero, discreta, no hizo la menor objeción.

—Bueno —dijo Young de pronto—, tenemos que ir pensando en una cosa.

—¿En cuál? —preguntó la Potts distraídamente.

—Hemos de bajar el cadáver de la señora Sharr a la frigorífica.

Zenaide tragó ruidosamente. Natty palideció.

Encendí un cigarrillo.

—De acuerdo —dije—. Pero sería conveniente contar antes con la aquiescencia del señor Sharr.

—Dijo que se quedaría a velar el cadáver de su esposa toda la noche —exclamó la Potts.

—¿Y no ha bajado a desayunar? —preguntó, observando la ausencia del cervecero.

—No —contestó Morrissey.

—Seguramente, la señora Madden le habrá subido el desayuno a su habitación —apuntó Natty.

Lea entró en aquel momento a recoger mi servicio.

—¿Ha llevado usted el desayuno al señor Sharr?

—No, señor Scott.

Observé al instante la diferencia de trato entre el cervecero y Ward.

—¿Por qué?

—Me dijo que no le molestase, que ya llamaría él si era preciso —respondió el ama de llaves.

—Bien —murmuré—. De todas formas…

No pude seguir hablando. Nuevamente se repitió aquel trueno que habíamos oído dos días antes, esta vez con alguna mayor fuerza. El suelo vibró repentinamente.

Un cristal saltó con sonoro tañido. Por encima de nosotros, tintinearon los vidrios de la gran lámpara central.

Todos nos asustamos bastante. Pero aquella sacudida duró muy poco. Apenas un segundo, aunque nos pareció no iba a terminar nunca.

Levanté la vista hacia la lámpara. Oscilaba de modo alarmante, de tal forma que llegué a preocuparme.

Poco a poco, sin embargo, el balanceo de la lámpara se aquietó.

Young fue el primero en romper el silencio.

—¡Sólo nos faltaría ahora un terremoto para terminar de arreglar las cosas!

—Y esto —refunfuñó Zenaide—, ¿qué ha sido, un terremoto?

Volví la vista hacia el ama de llaves.

—Señora Madden, ¿se producen con frecuencia estos movimientos sísmicos?

—No, señor. Ésta es la segunda vez que siento uno de ellos.

—Gracias.

Aplasté el cigarrillo en el cenicero.

—Bien —dije—. Estamos ya a veinticinco. Sólo quedan, por tanto, tres días para que aparezca el notario Osborne. Entonces, podremos considerarnos libres.

—Los que vivamos —dijo Zenaide, lúgubremente.

—¡Cállese, no mencione eso siquiera! —exclamó Young con exasperación.

—¡Estoy diciendo la verdad! —gritó la Potts—. Anoche se recibió otro anónimo. Cada vez que ha sucedido eso, uno de

nosotros ha muerto. ¿A quién le tocará ahora la suerte?

Nadie supo responder a la pregunta. Morrissey, sin embargo, dijo:

—Estamos acusando a un hipotético asesino de cometer las muertes que se han producido hasta ahora. Pero ¿no seremos uno de nosotros ese asesino?

La pregunta provocó una helada pausa. Todos nos mirarnos unos a otros con tremenda desconfianza. Era evidente que ninguno estaba tranquilo, con respecto a su vecino.

Al cabo de unos momentos de silencio, Young exclamó:

—Bueno, ¿qué hacemos? El cadáver de la señora Sharr está arriba.

—Hemos de guardarlo en la frigorífica, en efecto —concordé.

Y me puse en pie.

—Vamos —dije.

Morrissey me siguió. Young se mostró renuente durante unos segundos, pero al fin, y aunque con perceptible repugnancia, acabó por seguirnos.

Subimos al primer piso. Entramos en el cuarto de los Sharr, tras haber llamado inútilmente.

El cadáver estaba allí. Pero el cervecero había desaparecido.

—¿Dónde se ha ido? —preguntó Young suspicazmente.

Morrissey torció el gesto.

—Será preciso practicar después una investigación.

—Estaba muy apenado. ¿Se habrá suicidado? —murmuró el escoces.

—En cuanto hayamos guardado el cadáver en la frigorífica, iremos a buscarlo por todas partes —manifesté, y al hablar así, pensaba en los acantilados de la costa. El medio mejor y más rápido para suicidarse.

Esto se me hacía sumamente improbable. No dudaba del legítimo dolor de Sharr, pero cuando en tales circunstancias, una persona no se quita la vida en el acto, es difícil que lo haga después. La serenidad se impone y más cuando se empieza a pensar que espera una herencia de un importe superior a las cien mil libras esterlinas.

Sin embargo, había una cosa evidente. Sharr había desaparecido.

¿Dónde estaba?

—¿Me ayuda usted, señor Scott? —preguntó de pronto el *docker*.

Agarré los tobillos de la muerta. Morrissey la tomó por bajo de las axilas. Pesaba.

Emprendimos la marcha, precedidos por Young, cuya visible repugnancia a tocar el cadáver se hacía bien patente. Por tercera vez, la misma procesión emprendía el fatídico camino de la cámara de hielo.

Bajamos las escaleras. Empecé a sudar. Eran cerca de noventa kilos y aunque soy fuerte, el peso de la muerta se notaba.

Natty y Zenaide se asomaron a la puerta del comedor. Atravesamos el vestíbulo y cruzamos el pasillo que conducía a la cocina. Lea Madden se puso en pie al vernos entrar.

Young se adelantó, acercándose a la puerta de la frigorífica. Asió la manija y esperó a que hubiésemos llegado.

Abrió la puerta.

Entonces vimos a Sharr.

Pese a su impasibilidad, Lea Madden no pudo evitar lanzar un grito.

Morrissey blasfemó. Mis manos se abrieron, soltando los tobillos del cadáver.

Sharr estaba de pie, apoyado contra la puerta de la frigorífica. La mueca de espanto se había helado literalmente en su rostro, el cual aparecía amoratado por el frío que le había causado la muerte por congelación.

Los dientes de Young castañetearon de pronto. Su tableteo fue perfectamente audible.

Súbitamente, el cuerpo de Sharr se venció hacia adelante.

Alargué los brazos, pero ya era tarde. El cadáver del cervecero chocó contra las baldosas de la cocina con sordo choque.

CAPÍTULO XII

Media hora más tarde, la frigorífica albergaba cuatro cadáveres. El siniestro anuncio del autor del anónimo se había cumplido. Ahora eran ochocientas mil libras a repartir entre cinco. La parte proporcional había aumentado hasta ciento sesenta mil libras. ¿Seguiría subiendo en los tres días que faltaban?

Reuní a todos los habitantes vivos de la casa en el comedor, la Madden incluida. Estábamos, pues, además de la mencionada, las otras dos mujeres, el escocés, Morrissey y yo.

—Es preciso —dije—, hacer un registro concienzudo del «Manor». Si ninguno de nosotros somos el asesino, es evidente que éste se ha escondido muy bien, de tal forma, que no puede hallársele por ninguna parte, y sólo sale de su escondrijo cuando necesita actuar. Tenemos, pues, que hallar su guarida o los crímenes continuarán.

—El «Manor» no es demasiado grande —concordó Morrissey—. Pero puede haber algún pasadizo secreto…

—No los hay —dijo Lea Madden con firme acento.

—Están los sótanos —apuntó Natty.

—Y el torreón. Recuerden que no hemos mirado siquiera en él —dijo Young.

—Bien —dije—, entonces comencemos a actuar. La señorita Gale puede guiar al señor Young.

Natty me miró con sorpresa, pero no dijo nada.

—Usted, señora Potts, puede ir con el señor Morrissey.

El docker abrió la boca para protestar, pero se lo pensó mejor y calló. Toda su objeción fue un gruñido ininteligible.

—¿Y usted? —preguntó el escocés.

—Iré solo —respondí, sosteniendo su inquisitiva mirada.

—¿Y la señora Madden? —preguntó la Potts.

—Se encargará de preparar nuestra comida —repliqué.

—¡Comida! —exclamó Zenaide, poniéndose verde de repugnancia.

—Los víveres están fuera de la frigorífica —alegué, pensando en los muertos.

Young se puso en pie.

—Muy bien —manifesté—. Cuanto antes empecemos, será mejor para todos. De todas formas, antes de nada, querría hablar a solas unos momentos con el señor Morrissey.

El aludido me miró con sorpresa. Pero no dijo nada.

Los demás callaron. Al quedarnos solos, cerré la puerta cuidadosamente.

Luego me enfrenté con el docker.

—Señor Morrissey —dije—, anoche estuvo usted hablando con la señora Potts.

Mi frase impactó directamente en la diana. Morrissey acusó el golpe.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió.

—Les vi desde la ventana de mi cuarto. No fueron muy prudentes que digamos.

—Bien —contestó el docker, reponiéndose—. En todo caso, ése es un asunto estrictamente personal entre la señora Potts y yo, ¿no cree?

—En cualquiera otra coyuntura, no diría que no. Ahora necesito saber de qué hablaban anoche.

Morrissey me miró suspicazmente.

—Oiga, ¿sabe que se está volviendo demasiado preguntón?

—Es posible. Pero usted no colabora conmigo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Qué me obliga a ello?

—Tres muertes violentas y una accidental, señor Morrissey —dije, mirándole de frente.

—Lo mismo le obliga a usted, ¿no cree?

—Por supuesto. Y si me hace alguna pregunta en tal sentido, tendré mucho interés en contestársela.

—Bien, entonces, hágalo.

—¿Qué haga, qué, Morrissey?

—Que me diga porque hace tantas preguntas, Scott.

Eché mano al bolsillo de atrás. Saqué mi cartera y la abrí.

—Detective-inspector Edward Scott, de Scotland Yard —dije—.

Ahora, conteste a mis preguntas o tendrá que hacerlo ante alguien al que no podrá negarse a responder, so pena de verse complicado en una acusación por asesinato.

Guardé la cartera después de la demostración. Morrissey meneó la cabeza.

—Así me parecía a mí haberlo visto en una ocasión —murmuró —. Usted estuvo dirigiendo las pesquisas en una muerte que hubo en los docks, como consecuencia de una pelea.

—Exactamente, Morrissey. Y ahora que conoce mi identidad, dígame de qué hablaba con la señora Potts.

El docker se enderezó.

—Es un asunto estrictamente privado nuestro —repuso—. No tiene nada en absoluto que ver con las muertes que se han producido en el «Manor».

—¿Está seguro?

—Por completo. —Sonrió—. Si nos vio tan bien como dice, pudo apreciar nuestras respectivas actitudes.

—Ella le abrazó y usted rechazó sus efusiones. ¿Por qué?

—Eso es cosa mía, inspector —contestó Morrissey con voz dura.

—Lo cual significa que la Potts y usted se conocían antes de ahora.

—Admitámoslo. Pero ello no tiene nada que ver con estos crímenes.

—Usted no parece un *docker* corriente y vulgar. Oh, por supuesto, trabaja en los muelles… Pero antes hizo alguna otra cosa de más valía. ¿Qué era ello, Morrissey?

El rostro de mi interlocutor se tornó sombrío de pronto.

—Prefiero no contestar por el momento, inspector.

—Muy bien. ¿Se da cuenta de que un día tendrá que hacerlo aunque no quiera?

—¿Viviré para ver ese día? —preguntó.

Callé. Morrissey tenía razón.

¿Viviríamos lo suficiente para declarar ante un tribunal?

—Está bien —dije—. Por el momento, lo dejaremos así. Sin embargo, le intimo oficialmente a que ejecute una cosa, so pena de ser acusado de denegación de ayuda a los oficiales de la Ley. Deberá callar mi identidad en absoluto, ¿me ha entendido?

Morrissey inclinó la cabeza.

—Perfectamente, inspector.

Y se fue.

Al quedarme solo, encendí un cigarrillo y medité mientras veía elevarse casi rectas las columnas de humo que brotaban de la brasa.

Morrissey y la Potts se conocían. ¿De qué y de dónde y desde cuándo?

¿Por qué una mujer tan refinada tenía tratos con un estibador?

¿Qué había sido Morrissey antes de ponerse a cargar sacos en los docks del Támesis?

Profundamente pensativo, abandoné el comedor.

Llegué a la cocina. Estaba abierta. ¿Dónde había ido Lea Madden?

Miré la cámara frigorífica. Allí, al otro lado de la gruesa puerta aislante había cuatro cadáveres. ¿Se añadiría alguno más en los días restantes?

Luego desvié la vista hacia el exterior. La ventana de la cocina daba a la parte trasera, desde donde se divisaban el garaje y los restes del otro cobertizo incendiado.

Vi moverse una negra silueta en la puerta del garaje. Era el ama de llaves.

Una idea se me ocurrió de pronto. Y la puse en práctica sin perder un instante.

Me fui derecho al cuarto de Lea y registré cuidadosamente sus pertenencias.

Estaba terminando mi tarea, cuando, de repente, oí una voz.

—¿Deseaba algo de mí el señor?

Giré en redondo. Lea se hallaba en el umbral, mirándome con ojos inexpresivos.

Callé un momento, buscando la excusa que iba a darle. Pero no había ninguna plausible, así que decidí desafiar su posible cólera.

—Estaba registrando su equipaje, señora Madden.

—¿Tiene algún derecho para hacerlo? —preguntó.

—Se han cometido tres asesinatos y…

Por primera vez desde que la conocía, vi la sombra de una sonrisa en sus descoloridos labios.

—En todas las novelas policíacas, los sospechosos suelen ser siempre el mayordomo o el ama de llaves.

—Pero luego, el asesino efectivo resulta ser otro. Y también

ocurre que el mayordomo o el ama de llaves ocultan algún detalle esencial para la investigación del crimen.

—¿Cree usted que yo sé algo al respecto, señor Scott?

—Sí.

Lea sonrió de nuevo.

—Es usted muy astuto, señor Scott.

—Cuando la vida de uno está en juego, es preciso serlo o perecer.

—Sinceramente, ¿cree usted que va a morir asesinado?

—¿Lo cree usted?

—He sido yo la que he preguntado, señor Scott.

—Cuando responda a mi pregunta, daré yo la respuesta a la suya, señora Madden.

Ella suspiró.

—Está visto que no nos entendemos. Bien, ¿quiere continuar el registro, señor Scott?

Cerré la tapa de una maleta con aire negligente.

—¿Para qué ya? —dije—. Me parece haber averiguado todo lo que deseaba, conque no es preciso que siga, a pesar de sus facilidades.

—¿Está seguro?

La miré fijamente.

—En mi lugar, ¿qué contestaría usted?

—Sí —respiró con fuerza. Repitió—: Sí.

Callamos un momento.

Al cabo de unos segundos, ella dijo:

—¿Piensa usted divulgarlo?

—No. Al menos por ahora.

—¿Por qué?

—Me conviene, simplemente.

—Gracias, señor Scott.

—No hay de qué —contesté. Hice una inclinación de cabeza y salí. Ella no se volvió para mirarme.

El registro, tal como yo había supuesto, resultó totalmente infructuoso. El asesino no pudo ser hallado.

Momento antes de la cena, Natty me llamó aparte.

—¿Por qué me ha hecho ir con Young? —preguntó, resentida.

—Tenía mis razones para ello —contesté, pensando en Morrissey

y Zenaide.

—¿No puede decirme cuáles son? —insistió.

—Lo siento. Le ruego me disculpe, Natty.

—Está bien —suspiró ella—. Voy a cambiarme.

—También yo —dije.

Subí a mi habitación. Lo primero que vi al entrar en ella fue un papel sobre la roja colcha de damasco de mi lecho.

Tomé el papel. Esta vez me había tocado a mí recibir el anónimo.

VÜENO, YA ZOLO QEDAN CINCO.

BAYA ZÜERTECIYA PARA LOS QUE VIVEN, HE?

¿Y SI MURIERA HOTRO? LA EBENCIA ZIGUE HAUMENTANDO QUE ES UN KONTENTO, BERDAZ?

Guardé el papel cuidadosamente. Me asomé a la ventana por pura fórmula. Demasiado sabía que iba a encontrar al otro lado la escalera de costumbre.

Pero en aquella ocasión, quise ser más minucioso que de costumbre. Escudriñé el suelo centímetro a centímetro, siguiendo el trayecto de la ventana a la cama, ayudado por la luz de mi linterna, dado que la de la estancia no era lo suficientemente buena para descubrir demasiados detalles. Al fin hallé lo que deseaba.

Eran las huellas de unos pies no muy grandes. Más o menos, correspondían a un hombre de pequeña estatura.

Dodds.

No podía ser otro. Tenía que tratarse, a la fuerza, del mozo. Pero éste no había sido el autor de los anónimos. Las faltas de ortografía, ya lo he dicho, eran demasiadas para creer que Dodds era el autor de los mismos.

¿Qué papel desempeñaba, pues?

¿Ejecutor material de los crímenes?

Pasé los dedos por las huellas, apenas marcadas, sin embargo. Pude tocar unas partículas de algo que me pareció tierra. Examinando aquellas partículas con mayor atención, advertí que eran idénticas a las del acantilado donde habíamos estado Natty y yo. La memoria táctil no podía engañarme. Eran minúsculos fragmentos de roca, que se habían adherido a las suelas de los

zapatos del asesino y que luego se le habían desprendido al pisar el suelo de la estancia.

Pero ¿dónde se había escondido el asesino?

Indudablemente, había un lugar en el cual no habíamos mirado.

¿Dónde estaba ese escondite?

Bajé al comedor tratando de disimular mi preocupación. Puesto que no serviría de nada ocultar la realidad, enseñé el anónimo.

Esto, naturalmente, produjo los consiguientes comentarios. Corté en seco la discusión.

—Enciérrense en sus cuartos y no abran hasta que sea de día. Aun así, recuerden que el asesino mató a Ward después de amanecer.

La cena concluyó en un lóbrego silencio, roto únicamente por los aullidos del viento. Una vez despachado el último plato, se produjo una rápida desbandada, que dejó vacío el comedor en un momento dado.

Esperé hasta que dieron las diez y media. Ya hacía más de dos horas que todo el mundo se había encerrado en su habitación, por lo cual calculé no eran de temer sorpresas desagradables.

Salí de mi cuarto y me dirigí al mismo sitio de la noche anterior tendiéndome de bruces en el suelo.

El tiempo empezó a pasar lentamente. De vez en cuando, consultaba la esfera de mi reloj. Empecé a sentir frío. Pero no quería moverme de allí hasta tanto no llegara la madrugada.

Dieron las dos, las tres… Finalmente, decidí que era hora de emprender el regreso.

En aquel momento, oí un ruidito a mis espaldas.

Permanecí un instante inmóvil, con los músculos en tensión. Luego me dispuse a ponerme en pie.

De pronto, dos manos me agarraron por los tobillos.

CAPÍTULO XIII

Toda mi epidermis se cubrió instantáneamente de un sudor de muerte. Las manos del asesino me habían aferrado por los tobillos.

Y yo estaba tendido al borde mismo del acantilado.

Si el desalmado conseguía sus propósitos, se habría librado de su perseguidor más peligroso. Abajo, a cincuenta metros de distancia, el mar batía continua y ferazmente las rocas, produciendo con sus embates un ronco fragor que se oía a mucha distancia.

El asesino hizo fuerza. Mis hombros asomaron fuera del borde. La linterna se me escapó, siguiendo el mismo camino que la pistola.

Pateé hacia atrás con furia. Conseguí sorprender ligeramente a mi antagonista, pero no librarme de la presión de sus garras. Avancé unos centímetros más hacia el abismo.

Volví a patear. Defendía mi vida.

Aunque estaba en mala posición, traté de agarrarme a las rocas del borde. Lo importante era resistir, siquiera fuera unos momentos.

El asesino redobló sus esfuerzos. Una de mis manos perdió el asidero. Braceé desesperadamente, tratando de agarrarme a cualquier sitio, pero no pude hallar nada que me sirviera para tal fin.

Con gesto frenético, sacudí mis pies. Noté una cierta flaqueza en mi adversario. Repetí el gesto.

Súbitamente, una de las manos que me sujetaban aflojó durante unos momentos la presión. Levanté la pierna libre cuanto pude y sentí que el tacón del zapato golpeaba algo blando. Sonó un gruñido.

Repetí el golpe. El asesino soltó el otro pie. Entonces, contorsionándome velozmente, escapé del fatídico borde del acantilado.

Vi ante mí una sombra oscura. Algo destelló repentinamente en sus manos.

Comprendí que, fallado el primer intento, el asesino quería eliminarme ahora a tiros. No le dejé realizar su propósito.

Me arrojé contra él, aferrándome con tedas mis fuerzas a su mano derecha. Brilló un fogonazo y sentí un terrible calor en la cara. El estampido me ensordeció momentáneamente.

Una rodilla se clavó cruelmente en mi vientre. Abrí la boca, jadeando angustiosamente. La mano libre de mí enemigo me arañó cruelmente el rostro. Levanté el codo y se lo clavé bajo la mandíbula.

El hombre se desplomó de espaldas. Quedó inmóvil.

Me puse en pie, limpiándome la boca con el dorso de la mano, luego me incliné hacia él.

En aquel momento, algo duro subió hasta mi mandíbula.

Demasiado tarde comprendí la añagaza del asesino. Si bien le había impedido disparar por segunda vez contra mí, no le había desarmado, creyéndolo inconsciente. El cañón de la pistola impactó contra mi mentón con terrible fuerza.

Las rodillas me flaquearon instantáneamente. Me sentí caer hacia adelante. Vagamente, como a través de un velo de gasa negra, entreví la silueta del asesino que, incorporado a medias, se disponía a asestarme el golpe de gracia.

En aquel momento sonó una voz.

—¡Ned!

El asesino se turbó. Detuvo el gesto.

La voz gritó de nuevo mi nombre.

—¡Ned! ¡Ned!

Me eché a un lado, en el momento en que salía el segundo tiro. La detonación se alejó envuelta en una ráfaga de viento aullante.

Rodé por el suelo, tratando de alejarme, de fundirme con las tinieblas. Escuché los pasos del asesino que se alejaba rápidamente.

—¡Cuidado! ¡Natty, cuidado! —grité, un segundo antes de apoyar mi rostro en el suelo y echarme a dormir.

Cuando desperté, noté que tenía la mejilla derecha apoyada contra el seno de Natty. Oí la voz de la muchacha que me llamaba ansiosamente.

—¡Ned! ¡Oh, Dios mío, contésteme!

—Hola —dije apagadamente.

—Está vivo, está vivo —dijo, en el paroxismo de un sollozante

júbilo.

—Por ahora, sí, gracias a Dios. ¿Le ha visto usted?

—¿Se refiere al asesino? Vi una sombra que corría frenéticamente, pero se esfumó muy pronto en la oscuridad. Oh, Ned, ¿qué ocurrió?

Me senté en el suelo, tanteándome la mandíbula. Preferí un gemido de dolor.

—Quiso matarme… pero ya se lo contaré más adelante. Ahora, lo mejor será que regresemos al «Manor».

Me puse en pie. El aire fresco de la noche acabó de despejarme en pocos momentos.

—¿Por qué ha venido usted hasta aquí? —pregunté de pronto, ya que no se me alcanzaba la razón de la presencia de Natty en aquel lugar.

—Me… desperté de pronto —dijo la joven—. Empecé a sentirme inquieta y fui a su habitación para… bueno, para tratar de calmar un poco mis nervios. Entonces vi que no estaba y me alarmé. Pensé a dónde podía haber ido… y se me ocurrió que podía estar aquí. Cuando estaba llegando, oí el primer disparo… ¡Oh, Dios mío, qué miedo he pasado!

La tomé por los hombros suavemente. Una estrella se reflejó dos veces en sus límpidas pupilas.

—¿Usted tuvo miedo, Natty? ¿Por quién?

Percibí claramente su agitada respiración. La atraje hacia mí.

—Ned —se quejó dulcemente. Y de pronto, con gesto irresistible, se colgó de mi cuello, estrechándose con fuerza contra mí. Nuestros labios se unieron y durante unos momentos nos olvidamos de todo cuanto no fuera el glorioso instante de nuestro primer beso.

Más tarde, estrechamente enlazados por el talle, emprendimos el camino de vuelta al «Manor». Su cabeza descansaba sobre mi hombro y nuestras manos estaban juntas.

Al llegar a la puerta del caserón, volvimos a besarnos.

—Me siento inmensamente feliz, Ned —dijo ella con pasión no disimulada.

—Y yo, sabiendo que me amas, soy el hombre más dichoso de la tierra, Natty. —Rocé sus labios con los míos—. Ahora, ve a dormir. No es hora para que las señoritas no estén en su dormitorio.

Ella sonrió suavemente. Me acarició la mejilla y se metió en la casa.

Permanecí fuera todavía unos momentos. Por oriente se veía una debilísima claridad. Encendí un cigarrillo y empecé a considerar la conveniencia de hacerme un poco de café para entonarme.

Entonces oí rumor de pasos. Me volví.

Los dientes de Young brillaron en la oscuridad que precede al alba.

—Parece que nos sentimos madrugadores, ¿eh? —comentó.

—Un poco —asentí con aire negligente.

—No sé si lo he soñado o ha sido verdad, pero me pareció oír tiros al otro lado de las colinas, señor Scott. La otra tarde también oí algo que creí unos disparos. ¿Sabe usted algo de ese asunto?

—He tenido el dudoso honor de ser atacado un par de veces por el asesino, señor Young —dije.

—¿Y está vivo? Oh, tiene usted una suerte endiablada, amigo mío. ¿Está seguro de que fue él?

—¿Disparó usted contra mí?

—No, Dios me libre —fue su rápida respuesta.

—Entonces, fue el asesino, no cabe la menor duda.

—¿Le vio el rostro?

—No, pero tampoco me hubiera servido de nada, ya que no le conozco.

—Eso quiere decir que no somos ninguno de los huéspedes del «Manor».

—Por supuesto.

Young vació el aire de sus pulmones.

—¡Uf! Respiro aliviado. Ése es siempre un consuelo, ¿sabe?

—Lo celebro, señor Young. —La claridad aumentaba por momentos—. Con su permiso, voy a hacerme un poco de café.

Me siguió hasta la cocina, acribillándome a preguntas, que contesté lo más justamente posible, aunque sin dejar entrever lo que había podido averiguar aquella noche. Puse un pote de agua al fuego y esperé a que el líquido hirviese.

—¿Sabe usted? —dijo Young—. He estado pensando mucho esta noche antes de acostarme.

—¿Sí? ¿En qué?

Faltaba un lugar donde buscar al asesino. Era una probabilidad

remota, pero valía la pena intentarlo. Lo haría más tarde, cuando se hubiese hecho por completo la luz.

La voz de Young rebotaba contra mi mente. Creo que decía algo del torreón y de una escalera, pero no estaba muy atento, ya que mi pensamiento se hallaba en el escondite del asesino.

—¡Señor Scott! —Young se irritaba ante mi falta de atención—. Le estoy hablando, por favor.

—Oh, dispénseme —murmuré—. Estaba distraído y…

—Decía que ayer estuve en lo alto del torreón y se puede ver el remate de la torre de la rectoría de Bulbville. Subiéndome a esa escalera que anda por ahí, que tiene seis metros de altura y es plegable; puedo divisar las casas del pueblo. Entonces haremos señales con fuego o con lo que sea. Todo consiste en un poco de paciencia; alguien tiene que vernos, ¿comprende?

—No es mala idea —aprobé—. ¿Una taza de café…? ¿Cuándo piensa hacerlo?

—Esta misma mañana, sin falta.

—La escalera no pasa por el interior del torreón. Tendrá que subirla por fuera.

—Juntaré todas las sábanas que sean necesarias. Luego la izaré a pulso.

—Bueno, Morrissey puede ayudarle.

Los ojos de Young brillaban.

—Sí, le diré que lo haga. Es una excelente idea, ¿no cree?

Personalmente, no tenía mucha fe en la ocurrencia de mi interlocutor, pero tampoco había por qué permanecer inactivo, pudiendo hacer algo que acaso diera un resultado positivo.

Terminé el café y prendí fuego a un cigarrillo. En aquel momento entró la señora Madden.

Parpadeó ligeramente al vernos a los dos en la cocina, pero no hizo el menor comentario, excepto saludarnos con su habitual cortesía, desprovista de todo calor. Con gesto impasible empezó a disponerlo todo para el desayuno.

—Bueno —la sonrisa de Young se ensanchó—, esta vez el asesino ha fallado. Ha amanecido un nuevo día y no se ha cometido otro crimen. ¡Esto es magnífico! ¡Voy a preparar las sábanas para subir la escalera!

Y se marchó.

Lea Madden me miró inquisitivamente. Pero yo no quise decirla nada y me marché también.

Momentos después llamaba a la puerta del cuarto de Natty. La muchacha no se hizo esperar demasiado.

—Hola, Ned —saludó con una sonrisa.

—Vístete —dijo—. En cuanto desayunemos, tenemos que salir.

—¿A dónde?

—Ya lo verás luego. Hemos de desayunar pronto y luego… Bien, ya lo verás. Date prisa, te lo ruego.

Ella alargó el hociquito.

—Dame antes una cosa, Ned.

Miré a derecha e izquierda. Luego la atraje contra mí y la estreché con fuerza. Ella me abrazó, dejando el cuerpo relajado durante aquel maravilloso instante.

Después me empujó con ambas manos. Sus ojos brillaban y su respiración se había hecho entrecortada.

—Vete —susurró—, estás resultando demasiado peligroso para mi tranquilidad.

Cerró la puerta y me dirigí a mi habitación.

Media hora más tarde, bajaba al comedor. Desayunamos con la ausencia de Young.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Anda por ahí afuera —contestó Morrissey con desgana—. Me pidió ayuda para subir una escalera a lo alto del torreón, pero le dije que primero tenía que desayunar. Me parece que su idea es completamente descabellada.

—No la juzgue así hasta que no haya visto el resultado que da —objetó la Potts. Morrissey soltó un bufido.

Terminé precipitadamente mi desayuno. Luego me puse en pie y Natty me imitó.

—Voy a echarle una mano a ese chiflado —gruñó el *docker*.

Naturalmente, Zenaide no se iba a quedar sola allí. Pusose también en pie y nos siguió.

Salimos fuera. Una voz nos saludó desde lo alto.

Levantamos la cabeza. Young había conseguido subir la escalera hasta la plataforma almenada del torreón. De haber sido cualquier otro objeto, podría haberlo hecho por la escalera de caracol que permitía el acceso a la cúspide de la torre, pero era demasiado

angosta para lo que Young había querido hacer.

En la mano tenía un largo palo, a cuyo extremo había atado media sábana. Hizo ondear aquella improvisada bandera, como indicándonos que aquél era el medio con el cual pensaba hacer señales a los habitantes de Bulbville.

—Esto no me gusta —dijo Morrissey con los labios prietos. Levantó la voz—: ¡Eh, Young, déjelo! ¡Baje de ahí, ya nos arreglaremos como sea!

El escocés hizo una seña negativa. Luego agitó la bandera, saludándonos alegremente.

La escalera estaba desplegada en lo alto del torreón. Éste tenía unos quince o dieciséis metros de altura, a lo cual había que sumar los seis de la escalera, en total unos veintidós. Quizá, sí, podrían verle desde Bulbville.

Empezó a trepar por la escalera. Llegó a la cúspide y quedó a horcajadas sobre el caballete. Luego izó en alto la bandera.

—¡Bulbville se ve magníficamente desde aquí! —gritó.

Empezó a mover la bandera a derecha e izquierda. Se había colocado de frente al pueblo, de tal modo que la escalera quedaba oblicua al eje longitudinal del «Manor». Gritó algo que no pudimos entender, pero era evidente que se sentía muy satisfecho.

De pronto sonó un chasquido aterrador.

Zenaide gritó, aterrada. Las uñas de Natty se clavaron en la carne de mi brazo.

La escalera se inclinó hacia adelante. Young emitió un alarido de pánico. La bandera se desprendió de sus manos y cayó fuera del torreón, revoloteando como un gran pájaro herido de muerte.

Se oyó un segundo chasquido. La escalera se derrumbó, proyectando a Young por encima del parapeto almenado.

El escocés lanzó un alarido espeluznante. Braceó frenéticamente en el aire, como buscando un asidero para que pudiera evitar aquella aterradora caída.

Su cuerpo describió una larga curva parabólica en el aire y fue a estrellarse, con tremenda fuerza, con un chasquido que nos heló a todos la sangre en las venas, contra la explanada que había frente a la entrada del «Manor». Quedó allí, inmóvil por completo, transformado en un aspa ensangrentada, abierto patéticamente de brazos y piernas, en medio de un rojo lago que iba aumentando de

diámetro por momentos.

CAPÍTULO XIV

Examiné detenidamente la escalera, mientras Morrissey se entregaba a la poco grata labor de limpiar la sangre de la entrada. El cuerpo de Young estaba ya en la frigorífica, haciendo compañía a los otros cuatro cadáveres, apilados los unos sobre los otros, como reses destinadas al consumo.

La escalera había caído también de lo alto del torreón, partiéndose en varios pedazos. Examiné los trozos centímetro a centímetro, hasta que encontré lo que buscaba.

—Morrissey.

El *docker* acudió. Le enseñé mi descubrimiento.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Sencillamente, que alguien debilitó la escalera con un par de cortes dados con una sierra, tapando luego la grieta con un poco de tierra y grasa. El asesino es listo, muy listo, amigo Morrissey, y quiso cubrir todas las eventualidades. ¿Se imagina usted el efecto del peso del cuerpo de Young sobre esta grieta cuando se movía para agitar la bandera?

—Tenía que ceder, a la fuerza —comentó Morrissey. Luego agregó sombríamente—: Deberíamos habérselo impedido.

—¿Cómo? Se hubiera opuesto con todas sus fuerzas. Estaba demasiado ilusionado con su proyecto para renunciar a él.

Me puse en pie, limpiándome maquinalmente el polvo de las rodillas.

—Yo también tengo otro proyecto —añadí—. Y lo voy a ejecutar inmediatamente.

—¿Qué piensa hacer, Scott?

—Lo verá si me acompaña. Aguarde un momento.

Regresé un minuto más tarde, con Natty y Zenaide. Me dirigí a la primera.

—Tú conoces «Manor» profundamente. Ya me dirás más

adelante las causas, pero dime, ¿no sabes si hay una gruta o una cueva en los acantilados donde pueda esconderse una persona?

—¿Una cueva? —repitió la muchacha. Se quedó un momento pensativa y luego chasqueó los dedos—. Ya lo tengo. Vamos. —Y echó a andar con paso resuelto.

Natty nos condujo hasta el borde del barranco, al pie de las colinas, allá donde terminaba la comisa desde la cual me había tiroteado días atrás el asesino. La muchacha quiso bajarse, pero se lo impedí.

—Déjame a mí —dije.

Con todo cuidado, evitando mirar demasiado al fondo del desfiladero, descendí a la cornisa. En aquel lugar, el borde salía hacia afuera, lo cual impedía ver la entrada de la pequeña gruta que había allí, justo al final de la estrecha cornisa.

Entré en la cueva. Luego empecé a sacar unas cuantas mantas, una bolsa con latas de conservas y una cantimplora con agua y… una larguísima escalera de cuerda, en uno de cuyos extremes podía verse un arpeo para engancharlo en los salientes de las rocas. Había también un par de largas cuerdas, finas, pero muy fuertes, igualmente provistas de ganchos. Y un libro de tapas rojas y cantoneras negras.

Fui arrojando todos aquellos objetos a las manos del docker, el cual había descendido también a la cornisa. Al terminar, subimos de nuevo a terreno más firme.

—Bueno —dije—, ahora podemos decir que ya hemos inutilizado uno de los escondites del asesino.

—¿Quiere decir que tiene más? —inquirió la Potts.

—Otro, por lo menos. Pero no sé cuál pueda ser. A no ser que esté cambiando continuamente de guarida.

—Pero entonces lo habríamos visto —adujo Morrissey.

—Eso es lo que yo pienso. Sin embargo, ahora me interesa mucho más hacer una pregunta muy interesante a la señora Madden. Regresemos.

Cargamos con todos aquellos objetos.

—Ahora —dije—, el asesino no podrá ir y venir a Bulbville tranquilamente cuando le apetezca. Está aquí, bloqueado, lo mismo que nosotros e, inexorablemente, tendrá que emerger a la superficie. Entonces le atraparemos.

—¿Cree usted que la señora Madden es su cómplice?

—Inconscientemente, sí.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso? —inquirió la Potts, autora también de la anterior pregunta.

Pero yo no tenía ganas de anticipar los acontecimientos.

—Espere un poco y lo verá.

Llegamos al «Manon». Lo primero que hice fue guardar las cuerdas y las escaleras en lugar seguro, guardándome luego la llave. Más adelante podríamos necesitar aquellos objetos para salvar el barranco y no tenía ganas de que nos dejasen sin tan preciosos medios de comunicación.

Hice que el ama de llaves acudiera al comedor. Natty, Zenaide y Morrissey estaban ya allí.

Cuando la señora Madden hubo entrado, cerré la puerta con llave y la guardé. Ella me miró, pero no me dijo nada.

—Siéntese —dije, ofreciéndole una silla. Mis compañeros nos contemplaban con innegable curiosidad.

El ama de llaves obedeció. Se sentó y puso las manos sobre sus rodillas, mirándome fijamente, en silencio.

—Señora Madden —dije—, tengo que hacerle unas preguntas. Espero de usted, por el bien suyo y de todos, respuestas claras, terminantes y, sobre todo, verídicas. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor Scott. Le escucho.

—Gracias. Voy a empezar. Recordará sin duda que la señora Sharr la acusó de haber hablado con Dodds, el mozo. Usted dijo que había soñado en voz alta y pronunciado su nombre de modo inconsciente. ¿Por qué mintió?

El cuerpo de Lea Madden se puso rígido.

—¡Conteste!

—Es cierto, soñé con Dodds…

—¡Habló con Dodds! Mejor dicho, con el hombre a quien creía Dodds, que no es lo mismo.

Hubo una explosiva pausa de silencio después de mis palabras. Las pronuncié con tal tono de seguridad, que el ama de llaves se rindió.

—Es cierto —murmuró, apoyando un codo en el brazo del sillón y la cabeza en la mano correspondiente—. Hablé con Dodds.

—Con la persona que suplantó al mozo, que no es lo mismo,

repito. ¿Qué le dijo usted?

—Que avisara a la policía, pero no a la de Bulbville sino a la de Dartmoor.

—¿Y no estaba yo aquí para ayudarla?

—Sí, pero me pareció se necesitaría más gente para proteger las vidas de los huéspedes.

—Proteger las vidas, ¿de los ataques del asesino?

—Sí.

—Es decir, del hombre que se fingió Dodds.

—Sí.

—¿Y usted no supo darse cuenta de que no era el citado?

—La habitación estaba a oscuras. No pude verle el rostro. Apenas si pronunció una o dos palabras de asentimiento y en voz muy baja.

—¿Por qué no encendió la luz?

—Tenía… me dio vergüenza de que me viera en la cama.

—¿No estará mejor dicho que no quiso encender la luz, porque también usted tenía algo que ocultar?

Lea Madden se irguió como mordida por un áspid.

—¡Yo…! —Y se interrumpió de pronto.

—Usted —continué, acentuando el énfasis dramático de mis palabras— no supo ver hasta más tarde que el hombre con quién había estado hablando no era Dodds, sino el asesino, a quien, naturalmente, no le convenía avisar a la policía. Pero el asesino a su vez, y por la misma circunstancia, no supo darse cuenta de que no estaba hablando con Lea Madden, sino con *lady* Kenzie.

Sonó una triple exclamación:

—¡Dios mío!

—¡Oh!

—¡Condenación!

Lea Madden miró a mis tres compañeros. Sonrió tristemente.

—Sí —dijo—, efectivamente, soy *lady* Kenzie.

En aquel momento sonó un disparo.

Un cristal voló por los aires roto en mil pedazos. *Lady* Kenzie emitió un gemido y cayó del sillón al suelo.

CAPÍTULO XV

—¡Al suelo, todos, pronto! —grité.

No se necesitó mucho más para que los tres obedecieran mi orden. Natty, Zenaide y Morrissey se tumbaron en el suelo cuán largos eran.

Yo hice lo mismo, pero como estaba al lado de la anciana, procuré examinarla para comprobar la gravedad de su herida.

Al mover su cabeza, me quedé con sus cabellos en la mano. Era una peluca blanca que dejó al descubierto una cabellera con bastantes hebras negras todavía. En la sien izquierda tenía una larga rozadura causada por el proyectil, pero no dudé que, de no repetir el asesino su intentona, *lady* Kenzie se salvaría.

—Atiéndala —dije. Me puse en pie y corrí hacia la puerta.

Forcejeé con la cerradura, tratando de dominar mis nervios. Natty me llamó, pero no hice caso. Salí fuera y me precipité a la ventana desde la cual había disparado el asesino.

Al pie de la misma divisé una cápsula de pistola. Miré a la ventana; no estaba bien cerrada, lo cual explicaba que el criminal hubiera podido aplicar el oído para escuchar perfectamente mi interrogatorio. ¿Dónde se había escondido?

Busqué en todas partes, sin encontrar el menor rastro. Estaba desarmado, mientras que él tenía una pistola. Pero era mi obligación detenerlo, a cualquier precio. No podía permitir que Scotland Yard sufriera una pérdida en su prestigio por causa mía.

Llegué hasta el garaje incluso; pero allí no había si menor rincón donde esconderse. Allí estaban mí «Austin» el «Alfa Romeo» de Young y el monumental «Cadillac» de los americanos.

Permanecí unos momentos en la puerta del cobertizo, meditando. Luego decidí regresar al «Manor».

Llamé a Morrissey aparte.

—Las mujeres están atendiendo a la vieja. Pero ¿qué diablos…?

—Escuche, ahora no tenemos tiempo que perder. ¿Quiere venir conmigo?

—¿A dónde?

—A detener al asesino. Está armado y nosotros no. Puede negarse y no se lo reprocharé. Pero su ayuda me vendría muy bien, Morrissey.

—Vamos —contestó sencillamente el *docker*, echando a andar.

—Espere un momento. Antes tengo que recoger un objeto.

Subí a mi habitación y bajé dos minutos más tarde. Luego salimos del «Manor».

Llevé a Morrissey hasta el garaje. El *docker* me miró al llegar allí, como extrañado de que aquél fuera el escondite del asesino.

Con la mano, hice un gesto de que guardara silencio. Luego, caminando de puntillas, nos acercamos al «Cadillac».

Los ojos de Morrissey brillaron de pronto. Le señalé la manija del portamaletas. Morrissey comprendió.

Nos situamos a ambos lados de la cola del automóvil. Yo bajé la mano y agarré el pestillo.

Lo abrí de pronto, levantando la tapa del portamaletas. Sonó un bramido de cólera.

Un hombre se arrojó fuera de aquel cubículo, empuñando una pistola. Pero Morrissey no le dio tiempo a utilizar el arma.

La mano derecha del *docker* golpeó con fuerza la muñeca del asesino. La pistola cayó al suelo.

Forcejeamos unos instantes. Finalmente, conseguí apresar las muñecas del criminal. El chasquido de las esposas de acero cortó en seco toda resistencia del asesino.

Entonces pronuncié la frase sacramental.

—Hugh Osborne, en nombre de la Ley, le detengo acusado de homicidio voluntario cometido en las personas de Veronika Speidel, Sidney Ward, Marcus Sharr y Malcolm Young. Y le prevengo, además, que todo cuanto diga podrá ser utilizado contra usted como prueba ante el tribunal que le juzgue.

El notario bajó la cabeza. Se mordió los labios. Pero no dijo nada.

Lo tomé por un brazo.

—Vamos —dije, empujándolo suavemente hacia el «Manor».

Osborne no opuso la menor resistencia. Se dejó llevar como una

res al matadero.

Y, salvando las distancias, así era.

CAPÍTULO XVI

Estábamos los seis personajes en el cuarto de *lady* Kenzie. Ésta se hallaba recostada en su lecho, con la cabeza vendada, completamente recuperada del desvanecimiento que le había causado el balazo, afortunadamente erróneo, del asesino.

—Todo empezó hace años —dijo—, cuando otorgué mi testamento, legando mi fortuna, a algunas personas a quienes debía agradecimiento. A esas personas o a sus herederos legítimos. Osborne sabía quiénes eran y debía preocuparse de buscarlas.

»Osborne era también mi administrador. Pero infiel. Había estado dilapidando mi fortuna, arriesgándola en desgraciadas jugadas de bolsa que no le rindieron lo que él esperaba.

»Cuando se dio cuenta de que empezaba a sospechar de él, decidió asesinarme, en combinación con el ama de llaves, a quien sobornó previamente. Lea Madden y yo teníamos un físico parecido, que podía engañar, por el momento, a quien no nos conociera a fondo. Me di cuenta de sus intenciones y un día di el cambiazo al té envenenado que me habían servido. Lea Madden se lo tomó y murió.

»Por aquel entonces Osborne estaba fuera, procurándose una coartada. De modo que cuando asumí el papel de Lea Madden, él no sospechó el engaño.

—¿Y el médico?

—Era muy miope y como sabía que yo andaba algo delicada del corazón, apenas si echó un vistazo al cadáver. La habitación, además, estaba en penumbra, de modo que no pudo ver gran cosa. Lea Madden, fue, pues, enterrada bajo el nombre de *lady* Kenzie. Yo desaparecí, de lo cual, supongo, ese viejo granuja se alegró bastante.

»Como sabía que la Madden conocía algunas de las particularidades del testamento, al aproximarse los cinco años del

plazo, regresé al “Menor”, avisándole verbalmente por uno de los vecinos de Bulbville, pero sin dejarme ver de él. Empecé a preparar todo para cuando llegase el momento, desenmascararle. No podría acusarle de mi muerte, pero sí del desfalco cometido. Esto le llevaría a la cárcel durante unos cuantos años. Una excentricidad de vieja chiflada, supongo —se encogió de hombros».

—¿Qué hizo durante todo este tiempo que estuvo ausente?

—Tenía la documentación de Lea Madden. Estuve viajando y luego unos años en la Costa Azul. Tenía que esperar a que se cumpliera el plazo. Entonces, como ya he dicho, regresé.

—Pero al demostrar que estaba viva, su testamento hubiera sido nulo. Es decir, nosotros, los herederos, no hubiésemos percibido un céntimo.

—Al volver a casa, me hice el propósito de estudiar detenidamente los caracteres de mis herederos. Se me había ocurrido que quizá algunos de ellos podían no ser dignos de mi dinero, es decir, del poco que me quedaba, y en todo caso, siempre estaba a tiempo de desheredarlos. —*Lady* Kenzie sonrió—. Desde el puesto de ama de llaves se ven y se oyen muchas cosas interesantes.

Miró a Morrissey y a Zenaide.

—Por ejemplo, esta excelente pareja que ahora anda a la greña y que, en mi opinión, si olvidaran sus diferencias, conseguirían la felicidad que no han sabido encontrar separados. Morrissey, vuelva a su bufete de abogado, y abandone los docks… ¡y dele una buena zurra a su esposa! ¡No sea tan blando con ella, demonio!

Morrissey y Zenaide enrojecieron. Ella buscó la mano del gigante, que él le entregó de buena gana.

—Los Sharr me desagradaron. Pero me acordaba de su hijo, un bravo muchacho que se alojó en el «Manor» durante la guerra y que me apreciaba de veras. Llegué a tomarle mucho cariño y lloré la noticia de su muerte en combate. Por él les hubiera dejado disfrutar la herencia.

»Veronika Speidel era hija de un prisionero de guerra alemán. Lo tuve a mi cargo y cuidó muy bien del “Manor”. También le estaba agradecida. Merecía, por su padre, la herencia.

»El ornitólogo era un lejano pariente mío. Lo mismo que Young. Éste no me gustó nunca. Vicioso y derrochador, no tenía una buena cualidad. Estaba condenado a ser desheredado.

»Usted, Morrissey, es hijo de un abogado que cuidó de mis asuntos cuando vivía en Londres. Lo hizo muy bien, fielmente, y aumentó mi fortuna de modo considerable. Le debía esta compensación.

—¿Y mi esposa? —preguntó el aludido.

La anciana miró largamente a Zenaide. Ésta bajó la vista, púdicamente confundida.

—Su madre fue íntima amiga mía en nuestra juventud. Era bastante mejor que tú, Zenaide.

—Lo siento —murmuró la pelirroja, abochornada.

Lady Kenzie la miró severamente.

—Te enmendarás, espero, y volverás al lado de tu esposo.

—Sí, señora.

—Conforme —*lady* Kenzie miró a Natty—. Muchacha todavía me acuerdo de cuando tenías diez años y correteabas por el «Manor» y sus alrededores, como una fierecilla salvaje. Tu madre me sirvió fielmente. La recuerdo con frecuencia.

Natty asintió.

Empecé a sentir cierta arritmia en los latidos de mi corazón. Ahora me tocaba a mí.

Los ojos de *lady* Kenzie me miraron escrutadoramente.

—Ned, muchacho, tú quizá no sepas por qué te nombré heredero y te lo habrás preguntado en más de una ocasión. —La voz de la anciana se quebró súbitamente—. Tú debieras haber sido el hijo que siempre deseé tener. Pero tu padre no quiso casarse conmigo. Hizo bien, entonces tenía muy mal genio. Si hubiera sabido dominarme un poco. Tu padre era todo un carácter, un gran hombre, y me envió, con muchísima razón, al diablo. Toda mi vida he lamentado mi escasa flexibilidad de entonces. Otro que no hubiera sido tu padre, Ned, hubiera aguantado cualquier cosa con tal de disfrutar de mi fortuna. Él no era de ésos. Espero —añadió con tono más firme— que tú le imites en todo.

—Sí, señora.

—Y ahora —sus vivaces ojillos brillaron con malicia—, ¿quieres decirme cómo demonios supiste que yo no era Lea Madden?

Me froté la mandíbula con aire especulativo.

—Verá; en mi profesión, uno está obligado, además de sospechar de todo el mundo cuando se produce una muerte violenta, a pensar.

Sus manos —las señalé y ella las movió nerviosamente sobre la colcha—; son demasiado finas para un ama de llaves. Luego en alguna ocasión, se le ha escapado una frase pronunciada con un acento demasiado enérgico y rotundo, que no hubiera empleado jamás una sirviente. Y, por último, quedaba el registro que practiqué en su habitación.

—¿Ah, sí? ¿Y qué viste allí, si puede saberse? Yo no había dejado ningún detalle que pudiera revelar mi verdadera identidad. Hasta mi ropa interior tiene las iniciales de Lea Madden…

Solté una risita. El rostro de la anciana se coloreó vivamente.

—Ya —dijo, un tanto rabiosa—; era demasiado buena para una Lea Madden.

—Exactamente, *lady* Kenzie. Ése fue el detalle que me hizo concebir más sospechas respecto a su identidad.

Poco más quedaba ya por aclarar. El libro de tapas rojas de la Speidel había aparecido, junto con las cuerdas y escalas. Pero no contenía nada de particular. Osborne la había visto efectuar unas anotaciones —simples comentarios a lo que acababa de leer— y creyó que se referían a él, porque temía que la alemana hubiera advertido su presencia en un momento de descuido que tuvo.

—Quería ocultar su desfalco, matando a todos los herederos, uno por uno —dijo *lady* Kenzie—. Por eso envió el anónimo a Scotland Yard, sabiendo que tus jefes te enviarían a ti para investigar, Ned Scott, al ser uno de los herederos.

—Y quien más ha sido objeto de las preferencias del asesino —dijo Natty con vehemencia.

—¿Y los restantes anónimos? —inquirió Morrissey—. Provocar una especie de pánico, supongo —contesté. Osborne no dijo una sola palabra. El problema de responder de la fortuna dilapidada era nimio comparado con los cuatro asesinatos que le había hecho cometer la codicia.

Me puse en pie.

—Bien, espero que mis colegas no tarden mucho en venir —dije.

Todos me miraron con sorpresa.

—De modo que esas salidas nocturnas… —murmuró Natty.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Iba a la costa a ver si pasaba un barco. Cuando lo conseguí, hice señales con el morse, advirtiendo la situación en que nos

hallábamos. Espero que me hayan tomado en serio —agregué con una sombra de preocupación.

Morrissey se puso en pie.

—Si quiere, iré al puente a ver si llegan —se ofreció—. ¿Vamos, Zenaide?

—Un momento —dije—. Señora Potts, ¿por qué se cambió el nombre?

—Al separarme de George decidí usar el de mi primer marido. Cuando conocí a George era viuda.

—Entiendo —aprobé con la cabeza.

En aquel momento, el trueno que habíamos oído días antes volvió a repetirse.

El suelo se movió. Una lasca de yeso se desprendió del techo, cayendo con gran estrépito.

El trueno se apagó y volvió a repetirse. Un cristal saltó repentinamente en mil pedazos.

—Esto no me gusta —dije—. Morrissey, encárguese del prisionero.

—Desde luego.

Morrissey se llevó a Osborne, el cual no opuso la menor resistencia.

—Ustedes dos —me dirigí a las mujeres— salgan fuera. Aprisa.

Acto seguido me dirigí al lecho.

—Lo siento, *lady* Kenzie —y la tomé en brazos.

Ella protestó vivamente.

—Eh, tipo fresco, suéltame. ¿Crees que no sé caminar por mi pie?

Saltó de la cama, metió los pies en unas chinelas y embutió su frágil cuerpecito en una bata. El suelo volvió a temblar.

Un tremendo estruendo se produjo repentinamente. Algún lienzo de muro se había derrumbado. ¿Pero, por qué un terremoto en un lugar geológicamente tan poco propicio a tales fenómenos?

Salimos fuera en medio de una lluvia de cascotes. El suelo, más que temblar, se movía como si se deslizara en un sentido determinado.

Morrissey, Osborne y las mujeres corrían hacia la colina pelada. Gritaron para que nos diéramos prisa.

De repente, el suelo me falló bajo los pies y caí al suelo. *Lady*

Kenzie cayó también, pero se levantó rápidamente.

—Vete, Ned —gritó.

Me puse en pie. Ella corría hacia el «Manor».

Grité desesperadamente. Volví a caer al moverse la tierra nuevamente.

La anciana llegó a la puerta del caserón. Se volvió. Agitó la mano. Dijo algo que no pude entender, apagadas sus palabras por aquel fragor de infierno.

Y, de pronto, el «Manor» se hundió. Toda su estructura cedió, con un crujido horrendo, como si de repente le hubieran fallado los cimientos. Sonó un estampido semejante al de cien cañones disparando a la vez y la anciana desapareció en medio de una colosal nube de humo y polvo.

Los crujidos continuaban en aumento. El ruido era aterrador. Me levanté una vez, pero el incesante movimiento del suelo volvió a derribarme.

Una larga grieta se abrió delante de mí. La pared opuesta se hundió, levantando una enorme polvareda.

Rodé por el suelo, agitando desesperadamente brazos y piernas. Traté de buscar un asidero, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles.

En una ocasión, pude ver a les demás, rodando también por el suelo, que se abría y se cerraba infinidad de veces. El polvo nos envolvía, impidiéndonos la visión, y el estruendo aterrador de aquel incomprensible cataclismo nos ensordecía.

No puedo calcular cuánto tiempo duro aquel extraño fenómeno. Sólo sé que, de repente, me encontré tendido de bruces, cubierto de tierra, jadeante y sin aliento.

Permanecí así unos momentos. Luego me aventuré a levantar la cabeza.

Quedé espantado por lo que presencié. El terreno había sufrido una transformación total, como si un gigante lo hubiese arado y hubiese utilizado la reja de un arado colosal. Los contornos de «Moffera Manor» estaban irreconocibles.

Miré hacia el caserón. Había desaparecido, tragado por la tierra. Y *lady* Kenzie con él, pues no había querido abandonar el solar de sus mayores. Había obrado como el capitán a quien se le hunde un barco, que no quiere sobrevivir a su nave. Ella había hecho lo

mismo.

Miré hacia la colina. Ya no existía. El terreno estaba nivelado.

¿Y Natty?

Corrí hacia allí como un loco. ¿Dónde estaban?

Una figura humana, cubierta de polvo, asomó por el borde de una grieta. Morrissey salió fuera y se volvió, tendiendo sus poderosos brazos. Las dos mujeres salieron, izadas a pulso a la vez por el hércules.

—¡Natty!

La muchacha corrió hacia mí. Nos confundimos en un estrecho abrazo. Ella lloraba de alegría. Había creído perderme y me encontraba.

—¿Y Osborne? —pregunté, sorprendido de no verle. Morrissey me miró sombríamente.

—Cayó en una grieta que se abrió a sus pies. Antes de que pudiera echarle una mano, la grieta se cerró de nuevo. ¡Dios, cómo chillaba!

—¡George! —exclamó la pelirroja, muy excitada.

—Vamos —dije—. Es preciso llegar a Bulbville como sea.

Echamos a andar. Al llegar al borde del barranco, lo encontramos cegado hasta más de la mitad. Entonces comprendí que había sucedido un fenómeno idéntico al que había hecho desaparecer el cementerio de la aldea. No había sido un terremoto, sino un corrimiento de tierras de colosal envergadura.

Pero estábamos vivos y esto, de momento, era lo que interesaba.

Cuando al fin, conseguimos llegar al otro lado del barranco, tras esfuerzos inauditos, vimos varios coches que se dirigían a toda velocidad hacia nosotros. En el primero de ellos venía *sir* Frederick.

CAPÍTULO XVII

Natty y yo entramos en el despacho de *sir* Frederick. Éste nos saludó afectuosamente y luego nos ofreció asientos.

—Bien —dijo—, de modo que pierdo a uno de mis mejores oficiales.

—Así es, señor.

—¿Qué piensa hacer ahora, Scott? La fortuna de *lady* Kenzie quedó notablemente mermada por las depredaciones de aquel pícaro, pero, aun así resta una buena suma, que en su caso se duplica, claro.

—Mi esposa tenía intención de abrir una *boutique —dije—. En cuanto a mí…*

—Será mi administrador y gerente general —me interrumpió Natty—. Pero en su despacho, lejos del mostrador.

—¡Cómo! —se extrañó mi exjefe—. ¿Recién casada y ya celosa?

—Prevenir es curar, *sir* Frederick —rió Natty.

—Bien —suspiró *sir* Frederick—, no me queda otro remedio que aceptar su dimisión. Pero usted sabe que siempre tendrá un puesto entre nosotros, Scott.

—Muchas gracias, señor —dije. Me puse en pie.

—Morrissey ha hecho una labor espléndida desentrañando el lío de la herencia y de los desfalcos. Esto le ha hecho una buena propaganda y su bufete se ve cada día más concurrido —manifestó *sir* Frederick.

—Ya no se acuerda del tiempo que pasó en los docks como simple estibador —murmuré—. ¿Por qué lo haría?

—Para él fue una especie de purgatorio después de la separación de su esposa. Perdió todo su interés por la vida… y lo recuperó gracias a *lady* Kenzie.

Mi esposa murmuró algo a mi oído.

—Ah, sí, dispénseme. Dice Natty que por qué no se viene usted

con nosotros. Cenamos esta noche en casa de los Morrissey. Les agradaría verle allí, con toda seguridad.

—Bien, si tan atractivo me lo ponen… Acudiré, desde luego.

—Vendremos a buscarle a las siete, *sir* Frederick —dije.

—Conforme. Hasta las siete, pues.

Salimos del despacho. Luego a la calle. Llovía, claro.

Pero a nosotros nos pareció que en el cielo brillaba un sol deslumbrante. Era el de nuestra felicidad. No se veía, pero luciría siempre, siempre, en el horizonte de nuestra dicha.

Cogidos estrechamente del brazo, protegidos de la lluvia por el paraguas, echamos a andar.

Scotland Yard quedó a nuestras espaldas.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18, número 8-64 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 2.ª Avda. Sur, 520 Edificio Modelo. Apartamientos 204-205 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 173 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Cary Grant



Con el nombre de Archibald Alexander Leach, nació en Bristol, el 18 de enero de 1904, y a pesar de su veterania sigue desempeñando papeles de galán. Ultimamente le hemos visto en «Con la muerte en los talones» y «Cintia».

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España

NOTAS

[1] Cargador de muelle. (Nota del Editor). <<